



UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

FACULTAD DE FILOSOFÍA

Máster Universitario en Filosofía Teórica y Práctica

Especialidad de Historia de la filosofía y pensamiento
contemporáneo

Trabajo Fin de Máster

Locura y poder en Michel Foucault

Los locos parrésicos

Autor: Alejandro Álvarez Carrizo

Tutor: Alejandro Escudero Pérez

Zaragoza, 18/09/2017

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	PÁG. 3
1. EL PODER Y SUS FORMAS	PÁG. 5
1.1. QUÉ NO ES EL PODER	PÁG. 5
1.2. QUÉ ES EL PODER	PÁG. 7
1.3. EL PODER Y LA VERDAD	PÁG. 11
2. LA LOCURA Y LOS LOCOS	PÁG. 17
2.1. EL ANTIGUO RÉGIMEN	PÁG. 17
2.2. EL LIBERALISMO	PÁG. 23
2.3. EL SISTEMA NAPOLEÓNICO	PÁG. 31
3. LA PSIQUIATRÍA SALE FUERA DE LOS MUROS	PÁG. 38
4. EL SUJETO PARRÉSICO Y EL LOCO REVOLUCIONARIO	PÁG. 51
4.1. DISCIPLINA Y VIGILANCIA	PÁG. 51
4.2. LA CREACIÓN DEL SUJETO	PÁG. 56
4.3. LA SOCIEDAD PANÓPTICA	PÁG. 64
4.4. EL «LOCO» PARRÉSICO	PÁG. 69
BIBLIOGRAFÍA	PÁG. 78

INTRODUCCIÓN:

La historia siempre la escriben los vencedores, pero no solo los acontecimientos señalables, también los olvidos. La forma en que nos enfrentamos al pasado está condicionada por nuestra condición presente. Es imposible entender una época pasada si no comprendemos todos sus conceptos, todas sus transformaciones históricas y sus modos de vida. Un mismo concepto puede referenciar cosas muy diferentes en dos momentos históricos diferenciados. La historia también tiene otra peculiaridad, no solo es capaz de modificar el sentido de un término, también es capaz de modelar su referente. El ejemplo más evidente será el que analizaremos, el de la figura del loco y su constante mutación a lo largo de la historia. Estas consideraciones son escritas, no por los vencedores, sino por una instancia suprema y a la vez coyuntural, por unas relaciones de poder fluctuantes que modifican constantemente el tejido social, y de las cuales los dominantes solo son meros sujetos que reproducen y perpetúan determinadas líneas de poder que están sustentadas por diversos mecanismos como pueden ser los discursos de verdad, una racionalidad concreta, determinadas estructuras económicas... En definitiva, se trata de diversos canales mediante los cuales transcurre y se hace efectivo el poder, imponiendo sus efectos en todas las relaciones sociales.

En este ensayo nuestro enfoque estará centrado en un análisis de estas estructuras de poder en el centro psiquiátrico y la figura del «loco» del siglo XVII al siglo XIX. Analizaremos su evolución y su relación con los centros privativos de libertad. De este modo, después de analizar los movimientos ejercicios por el poder y sus implicaciones en la sociedad, se intentará establecer un proceso revolucionario, que determine si es posible una revolución que elimine todas las relaciones de poder, o si toda revolución posible está condicionada por las relaciones de poder preexistentes.

Abstract

The history the winners always write it, but not only the special events, also the forgetfulness. The form in which we face the past is determined by our present condition. It is impossible to understand a last epoch if we do not understand all its concepts, all its historical transformations and its ways of life. The same concept can index very different things in two differentiated historical moments. The history also has another peculiarity, not only it is capable of modifying the sense of term, also it is capable of shaping its modality. The clearest example will be the one that we will analyze that of the figure of the madman and its constant mutation along the history. These considerations are written, not for the winners, but for a supreme instance and simultaneously relating to the moment, for a few fluctuating relations of power that modify constantly the social textile, and of which the domineering ones are only mere subjects that reproduce and perpetuate certain lines of power that are sustained by diverse mechanisms as there can be the speeches really, rationality limits, certain economic structures... Finally, it is a question of diverse channels by means of which it passes and the power become effective imposing its effects in all the social relations.

In this essay our approach will be focus on an analysis of these structures of power in the psychiatric center and the figure of the «madman» form the XVIIth century until the XIXth century. We will analyze its evolution and its relation with the exclusive centers of freedom. This way, after analyzing the movements exercises for the power and its implications in the society, one will try to establish a revolutionary process, which determines if revolution is determined by the preexisting power relations.

1. EL PODER Y SUS FORMAS

1.1. QUÉ NO ES EL PODER

Cuando nos adentramos en la filosofía de Foucault, en sus perspectivas históricas, políticas, antropológicas e incluso sociológicas, nos sorprende encontrar algo que las enlaza y engloba, y a la vez, se inscribe dentro de ellas. Es el *poder*. Para obtener una primigenia definición del poder en términos Foucaultianos debemos recurrir a Hyndess, el cual definió el poder como «“la estructura de acciones” orientada a las acciones de individuos que son libres; es decir, aquellas cuya propia conducta no está totalmente determinada por limitaciones físicas»¹. Es muy importante destacar este elemento, el hecho de que una condición necesaria del poder sea la libertad de los individuos, así como la existencia de estos; sin la humanidad el poder no podría existir. El poder es intrínseco a las relaciones y acciones humanas; está presente en todas aquellas circunstancias en las que esté en juego el libre albedrío de los sujetos. En la medida en que estamos tratando con el poder, debemos atestiguar que su ejercicio estará relacionado directamente con la conducta, pero no solo afecta únicamente a este ámbito, el poder recorre toda la interacción social, abarcando todo el espectro humano. En la medida en que el poder se sitúa en la conexión, no está vinculado a un polo, es decir, no es monopolizado por una única parte, el poder es ejercido por todos los sujetos. Tal condición es la que exige la libertad del sujeto. Si éste no tuviera libertad, sería incapaz de mantener una relación de poder; el poder estaría retenido y no podría fluctuar, dejando de este modo de ser poder. Hyndess vuelve a ser muy claro en este sentido cuando afirma que «el ejercicio del poder no tiene por qué implicar la eliminación de la libertad. Al contrario [...] cuando no existe posibilidad de resistencia, no puede haber relaciones de poder»².

1 Hyndess, B. Disertaciones sobre el poder. De Hobbes a Foucault. Talosa, Madrid, 1997, Pág. 100

2 Hyndess, B. Disertaciones sobre el poder. De Hobbes a Foucault. Talosa, Madrid, 1997, Pág. 101

Cuando la filosofía se ha enfrentado a los problemas derivados de la política o la sociología, problemas en los que el poder representaba un papel fundamental; éste adquiriría un sentido único y completamente diferente al que le otorga Foucault. Esta nueva dimensión del poder es muy reciente y ha originado grandes transformaciones en el pensamiento que no pueden entenderse sin antes recurrir a las teorías precedentes acerca del poder. Podemos iniciar este análisis acercándonos a la teoría jurídica clásica del poder. En ella, el poder no se concibe como una relación; es una posesión, es una propiedad privada de la que disponen todos los sujetos. El poder ha sido cosificado y privatizado. Sin embargo, el poder, en tanto que objeto de derecho, es capaz de ser transferido o alienado. Esta concesión es muy característica de filosofías políticas contractualistas mediante las cuales los individuos ceden su poder, o parte de su poder a uno o varios sujetos con la finalidad de crear un pacto social basado en la soberanía. El nuevo modelo de poder que enarbola Foucault rompe con todas las concepciones precedentes, «la noción de poder soberano (o político) que gobierna sobre la base del consentimiento constituye, sencillamente una más entre diversas racionalidades influyentes del gobierno, y por eso no requiere que se le otorgue un privilegio analítico especial»³. El poder así concebido es sólo una expresión de unas relaciones de poder determinadas, impidiendo que el poder pueda ser reducido únicamente a una mera expresión política. No solo Foucault se ha opuesto a esta concepción del poder como un objeto de derecho, también han sido participe de esta transformación una parte de la corriente marxista. Dentro de esta nueva caracterización, el poder es concebido como una funcionalidad económica, es decir:

El poder tiene esencialmente el papel de mantener actualmente las relaciones de producción y una dominación de clase que favorece su desarrollo, así como la modalidad específica de la apropiación de la fuerza productiva que lo hace posible. El poder político, encontraría, pues, que en la economía está su razón política, histórica de existencia⁴.

³ Hyndess, B. Disertaciones sobre el poder. De Hobbes a Foucault. Talosa, Madrid, 1997, Pág. 99

⁴ Foucault, M. Microfísica del poder. La Piqueta, Madrid, 1979, Pág. 134

El poder se ha convertido en un instrumento de clase al servicio de las relaciones de producción. Es vislumbrado únicamente como un agente represivo destinado a la explotación de clase. Sin embargo, Foucault trasciende esta visión del poder, la desborda, y consigue acceder a nuevas dimensiones del poder. Para ello Foucault parte de la idea de que

La razón inunda el todo social, el poder, su sinónimo, satura al completo todo el espacio, por eso se hace insuficiente decir que detrás de gobiernos, detrás del aparato estatal, se encuentra la clase dominante; uno ha de localizar el punto de actividad, los lugares y formas en que se ejerce tal dominación⁵.

El poder trasciende el ámbito económico, no está sometido a las estructuras de producción, ni tampoco es el resultado de un enfrentamiento entre clases sociales. El poder no procede de este modo, no es una propiedad, ni en el sentido contractual, ni en el sentido de ser una propiedad de clase; se asemeja más a un proceso de estrategia, al resultado de unos movimientos suspicaces que permiten repercutir en los sujetos una serie de efectos fruto de las disposiciones, tácticas, técnicas y maniobras inherentes al propio devenir del poder. Éste nunca puede ser poseído, únicamente puede ser ejercido o utilizado con el fin de reproducir una serie de efectos que son fruto de sus propias estrategias. El poder se despliega a sí mismo, y en este despliegue conforma una serie de ejercicios, saberes, disciplinas y repercusiones, que son fruto de su estrategia de desarrollo. Estos efectos del poder son ejercitados por los sujetos, con finalidades particulares o de clase, pero sin ningún tipo de control sobre los efectos del poder o la derivación de éste. Son meros ejecutores de sus producciones. Por tanto, si queremos «hacer un estudio no económico del poder, tenemos a mano dos hipótesis de trabajo: -el poder no se cede, ni se intercambia sino que se ejerce y solo existe en el acto; -el poder no es mantenimiento y continuación de las relaciones económicas, sino básicamente una relación de fuerza en sí mismo»⁶.

⁵ Castilla Vallejo, J. L. *Análisis del poder en Michel Foucault*. Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, 1999, Pág. 241

⁶ Ávila-Fuenmayor, F. “El concepto de poder en Michel Foucault”. *A Parte Rey*, Nº 53, 2007, Pág. 7

1.2. QUÉ ES EL PODER

Esta nueva conceptualización y caracterización del poder supone toda una revolución. Permite que el poder pueda cesar de ser contemplado como aquella instancia que permite a los sujetos efectuar su voluntad sobre la libertad de los demás. El poder ya no consiste en la mera dominación, pasa a ser una de las posibles formas de aplicar el poder. Esta nueva visión nos permite desligarnos de aquella concepción que vislumbraba el poder como un debate entre soberanía y legitimidad; ahora adquiere una nueva significación; ahora el poder:

Es una emisión, una distribución de singularidades. A la vez locales, inestables y difusas, las relaciones de poder no emanan de un punto central o de un núcleo único de soberanía, sino que constantemente van «de un punto a otro» en un campo de fuerzas, señalando inflexiones, retrocesos, inversiones, giros, cambios de dirección, resistencias. Por eso no son «localizables» en tal y tal instancia. Como ejercicio de lo no estratificado, constituyen una estrategia, y «las estrategias anónimas» son casi mudas y ciegas, puesto que escapan a las formas estables de lo visible y lo enunciable⁷

Foucault desarrolla el poder en diversos apartados, las funciones del poder pasan a ser más complejas y variadas. El poder conservaría su carácter represivo, seguiría siendo un poder que incitara a determinadas acciones, que suscitara ciertos comportamientos o que produjera determinados saberes. Sin embargo, también es posible otorgar al poder la modalidad de ser una relación que es ejercida y no poseída, lo cual permite una nueva caracterización, la de que el poder es constante fluir, está en continuo movimiento y tránsito entre todas las fuerzas que pone en relación, es decir, es ejercido por aquellos sujetos que ontológicamente suscriben la categoría de dominantes y, del mismo modo, por aquellos sujetos garantes de la categoría de dominados. Según Alexander Nehamas:

⁷ Deleuze, G. *Foucault*. Paidós, Barcelona, 1987, Pág. 102

Una de las ideas más importantes de Foucault era que el poder no es solo ejercido por la autoridad central y, por ende, no debe ser considerado, primariamente, como un agente de prohibición. Esta concepción «jurídica» del poder es, en el mejor de los casos una parte de lo que el poder es y hace. El poder y esto es lo realmente importante, es un agente productivo. No es ejercido por sujetos; los sujetos son creados por él. Aunque el poder fluye a través de individuos, frecuentemente no está bajo su control. Por el contrario, establece relaciones de poder, a pesar de las intenciones de aquellos que intentaban controlarlas o modificarlas, reafirmando a sí mismas en formas constantemente cambiantes. El esfuerzo por racionalizar, humanizar o incluso renunciar al poder resultan sólo en el ejercicio de nuevas formas de poder en la creación de nuevas formas de poder: en la creación de nuevas formas de conocer qué son los individuos o los «sujetos»; en realidad en la creación de nuevos individuos o sujetos⁸.

En resumen:

El funcionalismo de Foucault se corresponde con una topología moderna que ya no asigna un lugar privilegiado como origen del poder, que ya no puede aceptar una localización puntual (lo que supone una concepción del espacio social tan nueva como la de los espacios físicos y matemáticos actuales, como ya sucedía en el caso de la continuidad). Se señalará que «lo local» tiene dos sentidos muy diferentes: el poder es local puesto que nunca es global, pero no es local o localizable puesto que es difuso⁹.

En otras palabras:

El estatuto ontológico del poder no es el de «ente objeto» que entonces, como si de una mercancía se tratara, cupiese intercambiar, acumular, o, como si de un fortín o territorio, adueñarse de él. Su estatuto es otro, es el de la *relación*. [...]

⁸ Nehamas, A. *El arte de vivir: reflexiones socráticas de Platón a Foucault*. Pre-Textos, Valencia, 2005, Pág. 268

⁹ Deleuze, G. *Foucault*. Paidós, Barcelona, 1987, Pág. 52

El poder es relación de fuerzas, actividad, algo siempre en ejercicio; implica confrontación, conflicto, contraposición de vectores¹⁰.

El poder, al desprenderse de su caracterización meramente represiva, dispone de la capacidad de creación, pudiendo aplicar ambas simultáneamente. Decimos que el poder es productivo en tanto que produce sujetos sociales. El poder los atraviesa, los constituye e incluso lo marca, mediante el uso de determinados discursos de verdad. Al dejar de contemplar el poder como algo privado y entenderlo como relaciones constituyentes, como un conjunto de redes mediante las cuales se enarbola y se ejerce, todos los sujetos conectados pueden influirse recíprocamente. La categoría de dominados y dominantes se quebraría, todos los sujetos serían víctimas de éste. De esta forma:

Toda emergencia [de poder] supone un lugar de enfrentamiento sin agentes, algo así como un campo de fuerzas en el que la dominación no se presenta como un ejercicio de los dominantes sobre los dominados, sino en el acto de mantener en suspense la dominación en tanto que ejercicio impersonal que supera a los contrincantes: no son solo los dominados los que sufren la dominación, sino los dominantes¹¹.

Esto se debe a que el poder se halla íntimamente vinculado a los discursos de verdad, provocando que las relaciones de poder se enmascaren dentro de «la verdad» y de la normalidad, haciendo que podamos considerar como lógico, necesario y racional, mecanismos claramente destinados a la dominación como puede ser un complejo sistema policial, un Estado paternalista, una estructura judicial, las escuelas, los hospitales e incluso los sistemas penitenciarios; todas ellas creaciones perpetuadas a lo largo del tiempo y sustentadas por relaciones de poder. Michel Foucault es muy claro cuando en un debate con Noam Chomsky establece lo siguiente:

¹⁰ Álvarez Yágüez, J. *Michel Foucault: verdad, poder, subjetividad. La Modernidad cuestionada*. Ediciones pedagógicas, Madrid, 2001, Pág. 37

¹¹ Castilla Vallejo, J. L. *Análisis del poder en Michel Foucault*. Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, 1999, Pág. 231

Lo que quiero decir es esto: es una costumbre considerar, al menos en la sociedad europea, que el poder está en manos del gobierno y que se ejerce a través de ciertas instituciones determinadas, como la administración, la policía, el ejército y los aparatos de Estado. Sabemos que la función de estas instituciones es idear y transmitir ciertas decisiones para su aplicación en nombre de la nación o del Estado, y para castigar a quienes no obedecen. Pero creo que el poder político también se ejerce a través de la mediación de ciertas instituciones que parecerían no tener nada en común con el poder político, que se presentan como independientes a éste, cuando en realidad no lo son¹².

1.3. EL PODER Y LA VERDAD

Cuando decimos que los sujetos son creados, nos estamos refiriendo a que su subjetividad ha sido modelada por el poder. Las creencias, la ética, las ideologías... son coetáneas de una época determinada, están sometidas a las relaciones de poder imperantes en un momento determinado. En este sentido, los sujetos son conformados por estas relaciones de poder, son encajados dentro de unos determinados saberes que contornan su subjetividad. El poder se halla íntimamente ligado a ciertas creencias, a determinados saberes, en definitiva a ciertos discursos de verdad cuya relación con el poder les permite instaurarse como «normales», como «necesarios» y situarse como verdades atemporales.

Hay un combate «por la verdad», o al menos «alrededor de la verdad», dejando claro una vez más que por verdad no quiero decir «el conjunto de cosas verdaderas que están por descubrir o que hay que hacer aceptar», sino «el conjunto

¹² Chomsky, N. – Foucault, M. – Elders, F. *La naturaleza humana: justicia versus poder. Un debate.* Katz, Buenos Aires, 2006, Pág. 38

de reglas según las cuales se distingue lo verdadero de lo falso y se aplica a lo verdadero efectos específicos de poder»¹³.

De este modo, los discursos de verdad no son anteriores al poder, son un producto de éste, son utilizados por el poder para poder ser ejercido de una forma más eficaz y disimulada. En palabras de Castilla Vallejo: «no que el saber genera poder, sino que el mismo poder produce saber»¹⁴. «Hay que admitir más bien que el poder produce saber (y no simplemente favoreciéndolo porque lo sirva o aplicándolo porque sea útil); que poder y saber se implican directamente el uno al otro; que no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder»¹⁵. En el despliegue de las fuerzas de poder, en su constante remodelación y lucha, las relaciones de poder dominantes buscan nuevas formas de seguir ejerciendo su dominación sobre sus relaciones de poder antagónicas que tratan de dominarlas. En definitiva, se trata de un combate de fuerzas en las que se mide cuales tienen más poder. De este modo, «la verdad no es ajena a la cuestión del poder; la verdad se produce en atención a múltiples reacciones y luchas por el poder, agonísticas permanentes en las instituciones y en amplio ámbito de saberes»¹⁶. La producción de verdad siempre será múltiple, en el campo de enfrentamiento entre las relaciones de poder se despliegan discursos de verdad que tienen sus consecuencias en la realidad tangible. Por un lado, los regímenes de poder dominantes refuerzan su posición mediante discursos que pretenden valerse de la «Verdad», se presentan como salvaguardadores de ésta, y pretenden enmascarar como verdaderas y válidas sus nuevas pretensiones de poder. Una vez logrado su objetivo, una vez dado como resultado la imposición de un determinado discurso de verdad, este debe perpetuarse, debe enfrentarse a los discursos que tratan de derrocarlo y que proceden de las fuerzas de poder oprimidas. Para intentar contrarrestar los efectos del poder adverso, y además para poder seguir instaurando su dominación sobre la subjetividad y el cuerpo

¹³ Foucault, M. *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza, Madrid, 2007, Pág. 155

¹⁴ Castilla Vallejo, J. L. *Análisis del poder en Michel Foucault*. Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, 1999, Pág. 257

¹⁵ Foucault, M. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI, Madrid, 2009, Pág. 34

¹⁶ Ávila-Fuenmayor, F. “El concepto de poder en Michel Foucault”. *A Parte Rei*, N^o 53, 2007, Pág. 13

de los sujetos, o, incluso sobre la realidad, se apropian de «grandes mecanismos secretos mediante los cuales una sociedad trasmite su saber y se perpetúa a sí misma bajo una apariencia de saber; estos mecanismos están todavía en pie: periódicos, televisión, escuelas técnicas, y los Institutos todavía más que la Universidad»¹⁷. Ellos sirven como altavoz, como material de comunicación entre generaciones, son aquellas que permiten que el poder se renueve sin modificar su esencia, son aquellas que refuerzan los ejercicios y los efectos del poder y son las que se hacen eco de la proliferación de los discursos normalizadores y verdaderos. Son los mecanismos que sirven para transmitir los discursos de verdad que después servirán como ejercicio de dominación y represión.

Pero, si somos conscientes de que estos mecanismos están intentando modificar nuestra subjetividad para amoldarla a unos determinados patrones, ¿Por qué seguimos siendo víctimas de sus transformaciones? Los motivos son muy diversos, el principal se debe a que solo somos conscientes de un pequeño intento por domesticarnos, y nos creemos capaces de poder resistirlo y ser independientes. Sin embargo, no somos conscientes de todo su potencial y de todo su poderío. Estamos siendo creados sin poder ser conscientes de ello, y todo ello se debe a que:

Lo que hace que el poder se sostenga, que sea aceptado, es sencillamente que no pesa sólo como potencia que dice no, sino que cala de hecho, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; hay que considerarlo como una red productiva que pasa a través de todo el cuerpo social en lugar de como una instancia negativa que tiene por función reprimir¹⁸.

Debido a que el poder no solo reprime, ya que no es una red de ejercicios únicamente negativos, no asociamos el resto de sus efectos a sus prácticas. Al contrario, asumimos sus producciones como algo normal, sin estar atentos a que estas creaciones normalizadas son fruto de las relaciones de poder. Así pues, nuestra preocupación es semejante a la de Foucault. Mientras que a él lo que le preocupa «no es

¹⁷ Foucault, M. *Microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid, 1979, Pág. 37

¹⁸ Foucault, M. *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza, Madrid, 2007, Pág. 148

tanto la descripción de saberes en sí mismos cuanto el carácter perverso del saber que se constituye: tanto si se describen prácticas de poder a través de ella como si quedan descritas como saberes conformantes de una realidad violentada»¹⁹. A nosotros nos preocupa lo mismo, el resultado de las relaciones de poder y sus efectos en la realidad mediante la ejecución de sus discursos de verdad. La realidad, al igual que las ideologías, las subjetividades... son estructuras artificiales. Pero no solo ellas, la forma en que nos enfrentamos a la realidad, al resto de los sujetos, la forma en que tenemos de relacionarnos con el mundo o con el cuerpo social, están condicionadas por las relaciones impuestas por el poder. Ejemplo de ello pueden ser «las prácticas jurídicas, forma mediante las cuales se arbitran entre los hombres y las faltas cometidas y las responsabilidades, fue el mecanismo mediante el cual podían ser juzgados los hombres en función de los errores cometidos en la historia de occidente. Dichas prácticas hicieron posible imponer a determinados individuos la reparación de sus faltas cometidas así como también el castigo de otras. Todas estas prácticas constituyen una de las formas a través de las cuales nuestra sociedad definió tipos de subjetividad, formas de saber y en consecuencia relaciones entre los hombres y la verdad»²⁰. La justicia, el derecho, y los mecanismos de represión están asociados, al igual que los discursos con pretensión de verdad, a las fuerzas de poder dominantes. Los sujetos se enfrentan a mecanismos de represión que les exigen un comportamiento determinado, unas normas de actuación concretas, e incluso ver la realidad de una forma determinada. Los sujetos se ven marcados por la «Norma», son estructurados mediante las imposiciones que se les exigen. Los ejemplos más evidentes se muestran en la figura del loco o la del preso, pero no solo se ejerce sobre ellos, estas figuras son las más visibles en tanto que son las que están en constante enfrentamiento contra la normalidad; en cambio, el resto de sujetos no aparentan estar sometidos a la violencia de la disciplina de las relaciones de poder dominantes o de sus construcciones porque son sujetos normalizados, sometidos a estas estructuras y saberes, y no son conscientes de sus propias construcciones y constricciones.

¹⁹ Castilla Vallejo, J. L. *Análisis del poder en Michel Foucault*. Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, 1999, Pág. 52

²⁰ Ávila-Fuenmayor, F. “El concepto de poder en Michel Foucault”. *A Parte Rei*, N^o 53, 2007, Pág. 11

La construcción de subjetividades y los mecanismos para su ejecución se observa «a partir del momento en que la capitalización puso entre las manos de la clase popular una riqueza investida, bajo la forma de materias primas, de maquinaria, de instrumentos, fue absolutamente necesario proteger esta riqueza. Porque la sociedad industrial exige que la riqueza esté directamente en las manos no de quienes poseen sino de aquellos que permitirán obtener beneficios de ella trabajándola. ¿Cómo proteger esta riqueza? Mediante una moral rigurosa: de ahí proviene esta formidable capa de moralización que ha caído desde arriba sobre las clases populares del siglo XIX. Observad las formidables campañas de cristianización de los obreros de esta época. Ha sido absolutamente necesario constituir al pueblo en sujeto moral, separarlo pues de la delincuencia, separar claramente el grupo de los delincuentes, mostrarlos como peligrosos, no sólo para los ricos sino también para los pobres, mostrarlos cargados de todos los vicios y origen de los más grandes peligros»²¹. La sociedad se reorganiza, surge una nueva necesidad, un nuevo sujeto social que se mantenga acorde a los nuevos intereses del poder dominante. Se inviste un fin, se crea una finalidad para permitir que las relaciones de poder sigan manteniéndose estables pese a los cambios. Para lograrlo, se crean nuevos o renovados discursos de verdad, dentro de los cuales se sitúan la ética, la política, la economía... en definitiva las nuevas visiones del mundo que deben tener los sujetos. Mediante mecanismos de creación, de persuasión, deseantes o incluso mediante la disciplina y la represión, se acaba imponiendo este nuevo sujeto como el hombre ideal y modelo a seguir de la sociedad, provocando el rechazo, el desalojo y el desprestigio gradual de aquellos sujetos que se diferencien del prototipo. Los locos, enfermos venéreos, homosexuales, blasfemos, alquimistas, vagos, vagabundos, libertinos, delincuentes y otras figuras anormales siempre estarán en el límite de la exclusión, pero su figura irá variando conforme a las necesidades, intereses e imposición de sujetos sociales que imperen. Tal y como nos lo ejemplifica Castilla Vallejo:

La dominación se encuentra inscrita desde el primer momento en el concepto de prácticas científicas que constituyen a los sujetos en su forma alienada; la dominación se halla en el momento en que la razón a través de un movimiento de represión, comienza a

²¹ Foucault, M. *Microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid, 1979, Pág. 91

hegemonizar el desarrollo del pensamiento en la forma de conocimiento occidental (uso y abuso de la razón); la dominación se encuentra en la antropologización de los saberes modernos y se concreta en el establecimiento de las ciencias humanas [...]. La dominación se inscribe en la preocupación sociopolítica del poder en la forma materializada de un poder-saber que somete a los cuerpos a un drama disciplinario [...]. La dominación se inscribe en la forma cultural que nos dice cómo debemos conformar nuestra propia subjetividad²².

Vamos a vislumbrar como se ejerce esta construcción de sujetos, como se inician los nuevos sistemas de creación mediante ejercicios de verdad, como las relaciones de poder se entrelazan, se entrecruzan y conforman nuevas subjetividades, a la vez que genera sujetos desplazados que no encajan en la sociedad. De momento nos vamos a centrar en la figura del loco, vislumbrando sus construcciones, sus variaciones, la forma en que ha sido tratado por la sociedad y la forma en que se han enfrentado a esa figura.

²² Castilla Vallejo, J. L. *Análisis del poder en Michel Foucault*. Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, 1999, Pág. 335

2. LA LOCURA Y LOS LOCOS

2.1. EL ANTIGUO RÉGIMEN

Nuestro primer acercamiento a la figura del loco la haremos desde el sistema hospitalario. La primera institución de acogida para los que vamos a definir como «locos», data del año 792 en la ciudad de Bagdad; pero, si nos centramos en Europa, podemos datar el primer asilo para este tipo de personas en el siglo XIII, en el hospital londinense de Bethlem. Inicialmente en este tipo de instituciones no estaban diseñadas ni destinadas para que dentro habitaran sujetos conferidos con el estigma de la locura; al contrario, los locos intentaban ser reconducidos bajo las estrictas medidas sociales de la época. En cuanto se detectaba un atisbo de locura, esa persona sufría un proceso que desembocaba en el encierro, pero hasta él, surgían innumerables mecanismos, principalmente religiosos, que trataban de refrendar su conducta y convertirlo o reconvertirlo en un sujeto normal. El loco, figura ambigua, no se corresponde con los sujetos denominados locos en la actualidad (de hecho en la actualidad se ha difuminado la categoría de loco para ser reemplazada por una socialmente aceptada como es la de «enfermo mental», no se equipara a sujetos esquizofrénicos, sociópatas, psicópatas, personas con síndrome bipolar, etc. Del mismo modo, tampoco partiremos de la figura del loco de la Antigüedad, ni siquiera de la de la Edad Media, en la cual:

El loco es aquel cuyo discurso no puede circular como el de los otros; llega a suceder que su palabra es considerada nula y sin valor, que no contiene ni verdad ni importancia, que no puede testimoniar ante la justicia, no puede autenticar una partida o un contrato, o ni siquiera, en el sacrificio de la misa, permite la transubstanciación y hacer del pan un cuerpo; en cambio suele ocurrir también que se le confiere, opuestamente a cualquier otra persona, extraños poderes como el de

enunciar una verdad oculta, el de predecir el porvenir, el de ver en su plena ingenuidad lo que la sabiduría de los otros no puede percibir²³.

El loco durante el siglo XVI y XVII está íntimamente ligado a la figura del pobre o del vagabundo; ambos comparten el mismo destino e incluso las mismas salas y habitaciones dentro de los hospitales. Por tanto, el loco, el pobre y el vagabundo son sujetos excluidos a los cuales se les exige un comportamiento determinado, una ética cristiana, una conjugación con la sociedad. Exigencias obligadas para la vida en tanto que son necesarias para poder acceder a determinadas ayudas o limosnas procedentes principalmente de parientes, amigos, vecinos e incluso parroquias. Todos ellos intentaban ejercer prácticas conductistas en el comportamiento de los locos o del resto de figuras, intentando modificar su comportamiento y amoldarlo a las necesidades de las relaciones de poder, apoyando este proceso mediante el uso de estimulantes o refuerzos positivos, principalmente económicos o de supervivencia. Pero no solo los amigos, familiares o comunidades cristianas ejercían esta práctica. En los hospitales la curación se basaba únicamente en el cambio de conducta y en un encauzamiento del comportamiento adecuado a una moral cristiana; pero esto es adelantarnos cronológicamente, dado que la concepción de la locura y su posible cura solo pudo desarrollarse a partir de 1760, siendo la institución hospitalaria anterior a ésta.

La figura del loco está íntimamente ligada a la del hospital. Por ello, comenzaremos analizando esta institución. Dentro de ella hay dos etapas muy diferenciadas, la primera estaría focalizada en el Absolutismo. Podríamos identificar esta etapa, anterior al siglo XVIII como aquella en la cual:

El hospital era esencialmente una institución de asistencia a los pobres, pero al mismo tiempo era una institución de separación y exclusión. El pobre, como tal, necesitaba asistencia y, como enfermo, era portador de enfermedades y posible propagador de éstas. En resumen, era peligroso. De ahí la necesidad de la existencia del hospital, tanto para recogerlo como para proteger a los demás contra el peligro que entrañaba. Hasta el siglo XVIII el personaje ideal del hospital no era el enfermo al que había que curar sino el pobre que estaba ya moribundo. Se trata

²³ Foucault, M. *El orden del discurso*. Tusquets, Barcelona, 2015, Pág. 16

de una persona que necesita asistencia material y espiritual, que ha de recibir los últimos auxilios y los últimos sacramentos²⁴.

La función del hospital ha variado mucho, sin embargo, uno de los cambios fundamentales se da en este momento. El hospital pierde este carácter de auxilio filantrópico, para dar paso a otro tipo de relaciones de poder en torno a la figura del hospital. Su uso es otro muy diferente. «Antes de tener el sentido medicinal que le atribuimos, o que al menos queremos concederle, el confinamiento ha sido una exigencia de algo muy distinto de la preocupación de la curación. Lo que ha hecho necesario, ha sido un imperativo de trabajo. Donde nuestra filantropía quisiera reconocer señales de benevolencia hacía la enfermedad, sólo encontramos la condenación de la ociosidad»²⁵. El hospital se convertía de este modo en una institución de encierro político, era un lugar destinado al encierro de personas no aptas para la convivencia social; transformándose más tarde en un sistema destinado a la reeducación, la modelación de la conducta, de los deseos, de los valores, etc.; para reconducirlos en la «Razón» y en la moral cristiana. La locura era fruto del pecado original, era la forma que tenía Dios de permitir que los hombres pudieran realizar actos de caridad y poder ser benefactores; alcanzando la salvación eterna. La locura es un mal enviado por Dios, los locos son simples hombres y mujeres que han sido castigados por Dios o enviados por éste para permitir la salvación de las almas puras. Así, la locura se humaniza, el loco se convierte en una creación divina, se transforma en un sujeto que ha perdido la razón. Esto nos demuestra que durante el «Antiguo Régimen se habría encerrado a los seres desordenados en virtud de una condena ética o una sanción moral que habría hecho aparecer al hombre *irracional* como un ser próximo, familiar y humano. [...] La sin razón se habría hecho humana y su ser estaría alojado en el corazón agitado de los hombres»²⁶. Una vez dentro, debido a que su encierro se debía a causas políticas o de salubridad pública, en el caso de los contagios, destacaba la ausencia de

²⁴ Foucault, M. *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre dominación y desviación*. La piqueta, Madrid, 1990, Pág. 157

²⁵ Foucault, M. *Historia de la locura en la época clásica I*. Fondo de Cultura Económica. México, 2013, Pág. 102

²⁶ Serrano González, A. B. *Michel Foucault: sujeto, derecho, poder*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1987, Pág. 91

control médico, motivo por el cual el personal del hospital, hasta antes del siglo XVIII, se reducía a meros voluntarios motivados por la mera beneficencia, cuya misión no recaía en la curación de los internos sino más bien en la realización de determinadas tareas relacionadas con la misericordia cristiana, es decir, labores tales como la ayuda en la salvación de las almas, el consuelo, acciones caritativas... una filantropía que escondía el intento de salvar la propia alma de los trabajadores. Sin embargo, vamos a comprobar cómo, «en cuanto al hospital mismo, que era ante todo un lugar de asistencia, va a convertirse en un lugar de formación y de confrontación de los conocimientos: inversión de las relaciones de poder y constitución de un saber»²⁷.

La locura en el mundo es un espectro excesivamente amplio, incluso focalizándola únicamente en Europa; por ello, para comprender la evolución de los centros hospitalarios y de la locura, tomaremos como referencia los procesos evolutivos sufridos en Francia. Si atendemos a las circunstancias que rodeaban a este país durante el Antiguo Régimen, podemos observar cómo era algo habitual el encierro mediante lo que se denominaba *lettre de cachet*, es decir, cartas que eran enviadas al Rey con la intencionalidad de privar de libertad a un determinado individuo. El resultado podía ser diverso, el monarca podía obviar la petición de encierro, encerrar a la persona indicada o sustituir el encierro por otro elemento de castigo. La finalidad de utilizar esta peculiaridad se debe a que el monarca compartía, junto con los tribunales de justicia, la capacidad de enjuiciar. La diferencia entre ellos es que el rey no necesitaba establecer un juicio probatorio de los delitos, su mera decisión de encerrar bastaba para que fuera efectiva la condena. Por tanto, las personas mencionadas en las cartas no se someten a un juicio, son encerrados, desterrados o sufren otro castigo similar simplemente por la mera voluntad real. Las víctimas de este sistema, así como su condena, era muy diversas, basándose principalmente en pequeñas condenas temporales de encierro, exigidas por diversos colectivos sociales que buscaban mantener el orden social, intentando excluir mediante la acción real a libertinos, infieles, borrachos, ladrones, locos... Todas estas cartas dirigidas al rey tienen el factor común de que son enarboladas por las clases bajas de la sociedad, no eran privilegios exclusivos de la nobleza, el clero o la alta burguesía.

²⁷ Foucault, M. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI, Madrid, 2009, Pág. 191

Las «órdenes del Rey» no se abalanzaban de improvisto, de arriba abajo, como si se tratase de los signos de la cólera del Monarca más que en contados casos. La mayor parte de las veces estas órdenes eran solicitadas contra alguien por sus allegados, su padre y su madre, uno de sus parientes, sus vecinos, y a veces por el cura de la parroquia o algún notable local. Se mendigaban estas órdenes como si se tratase de hacer frente a algún gran crimen que debía merecer la cólera del soberano, cuando sólo se trataba de alguna oscura historia familiar: esposos engañados o golpeados, fortunas dilapidadas, conflictos de intereses, jóvenes indóciles, raterías o borracheras, y todo un enjambre de pequeños desórdenes de conducta. La *lettre de cachet* que se otorgaba, como si se tratase de la voluntad expresa y particular del rey, para encerrar a alguno de sus sujetos, al margen de las vías de la justicia ordinaria, no era en realidad más que la respuesta a esa demanda procedente de la base²⁸.

Aquí observamos el primer síntoma de la producción de subjetividades por parte del poder. Se ha configurado una norma ética y social que ha sido transmitida y perfeccionada entre la sociedad, haciendo que esta sea partícipe de la reproducción de los comportamientos y el sometimiento a la norma. Son los propios individuos los que exigen el obligado cumplimiento de una actitud moral y un comportamiento ejemplar, al resto de sus ciudadanos. Se les exige que sean partícipes de la racionalidad y de la normalidad, bajo pena de otra característica del poder, la represión y el castigo. Por tanto, observamos las primeras manifestaciones creativas y coactivas del poder; permitiéndonos ver como «el encierro interviene también en el ámbito de la conducta de los individuos. Castiga a un nivel infra-penal maneras de vivir, tipos de discurso, proyectos o intenciones políticas, comportamientos sexuales, rechazos a la autoridad, bravuconadas expresadas en público, violencias, etc. En suma, el encierro interviene menos en nombre de la ley que en nombre del orden y de la regularidad. El sujeto irregular, agitado, peligroso e infame es objeto de encierro. Mientras que la penalidad castiga la infracción, el encierro penaliza el desorden»²⁹.

²⁸ Foucault, M. *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre dominación y desviación*. La piqueta, Madrid, 1990, Pág. 190

²⁹ Foucault, M. *El poder, una bestia magnífica: sobre el poder, la prisión y la vida*. Siglo XXI, México, 2013, Pág. 59

Del mismo modo, el poder, y los discursos originados por éste, tienen otra peculiaridad, la de mostrarse como necesarios, permitiendo una fácil reproducción y repetición. En el caso de Francia en el Antiguo Régimen y, concretamente en lo referente a las *lettres de cachet*, comprobamos como:

La intervención y el encarcelamiento no son medidas autoritarias, venidas de lo alto, no son medidas que hayan golpeado a la gente como un rayo caído del cielo, que les hayan sido impuestas. En realidad, la propia gente las sentía como necesarias, la propia gente cuando estaba con los suyos, aun en las familias más pobres e incluso particularmente en los grupos más desfavorecidos, más miserables. La internación se percibía como una especie de necesidad para resolver los problemas que las personas tenían entre sí. Los conflictos graves en las familias, aun en las más pobres, no podían resolverse sin problemas, sin internación³⁰.

Si bien es verdad que el encierro es controlado por el poder político y escapa totalmente o en parte al control de la justicia oficial (en Francia casi siempre es el Rey quien lo decide, los ministros, los intendentes, los subdelegados) no es el instrumento exclusivo del poder arbitrario y absoluto. El estudio de las órdenes reales de encierro (*lettres de cachet*) (tanto en su funcionamiento como en su motivación) muestra que estas eran en su mayoría solicitadas por los padres de familia, por notables locales, comunidades territoriales, religiosas y profesionales contra individuos que provocaban a su juicio cualquier molestia o desorden. Las ordenes reales ascienden desde abajo (a través de solicitudes) antes de descender desde el aparato del poder adoptando la forma de una orden portadora del sello real³¹.

³⁰ Foucault, M. *El poder, una bestia magnífica: sobre el poder, la prisión y la vida*. Siglo XXI, México, 2013, Pág. 56

³¹ Foucault, M. *El poder, una bestia magnífica: sobre el poder, la prisión y la vida*. Siglo XXI, México, 2013, Pág. 59

2.2. LIBERALISMO

Cuando nos adentramos en el siglo XVIII observamos un cambio significativo en el tipo de relaciones de poder imperantes. Los efectos del poder dominador han desbordado los constantes intentos de derrocamiento, permitiendo cambios profundos en el discurso psiquiátrico, en el tratamiento de la locura...; en definitiva hemos presenciado una revolución cultural, económica, tecnológica y, por supuesto, industrial. Nos encontramos en el paso del Antiguo Régimen a una nueva sociedad liberal y capitalista, la cual situará al loco en un limbo legal y social que nada tendrá que ver con las condiciones precedentes. Las nuevas estructuras legales convierten al loco en un problema que debe ser tratado y medicalizado. Además, el cierre de los hospitales no ayuda a solventar este problema. La nueva justicia, renovada, los nuevos mecanismos administrativos, modernizados, y por tanto, en teoría, más eficaces y efectivos, se ven sobrepasados a la hora de enfrentarse a la locura heredada de los regímenes monárquicos. Es aquí, precisamente en la rigidez suscitada por la justicia y la administración a la hora de enfrentarse a la locura, cuando el poder necesita nuevas estructuras, nuevos mecanismos de disciplina, es el momento en el cual se inician todos los procesos que desembocarán en las estructuras de saber-poder de la actualidad.

Durante el Antiguo Régimen, los encierros podían producirse mediante dos modos diferentes. Por un parte, existía lo que se denomina como *lettre de cachet*, mediante la cual el Rey podía encarcelar a determinados sujetos, pero también era posible que el encierro fuera ejercido por los tribunales de justicia competentes. Estos procedimientos eran utilizados por la población con la finalidad de encerrar a personajes viles, violentos, delincuentes, anormales o incluso podía ser utilizado como método de venganza. Para ello, era posible alegar determinadas circunstancias o comportamientos que alegaran la necesidad del encierro. Las *lettres de cachet* era el elemento utilizado para simplificar el procedimiento y obtener con mayor facilidad los fines deseados. Sin embargo, a partir de este momento, son los tribunales los encargados de dictaminar los encierros, en detrimento del poder real; de tal modo que

los ingresos en hospitales o cárceles ya no dependían de la voluntad de los vecinos o de la familia, éstos debían estar justificados, corroborados, demostrados y ratificados por un juez o una instancia judicial.

Como consecuencia de que el rey ya no detente la máxima instancia en la justicia comienzan a surgir divergencias y divisiones que serán las pesquisas necesarias para los acontecimientos futuros. Por un lado, este intento de eliminar todo lo relacionado con la monarquía hace que los lugares de encierro controlados por el poder real, tales como los hospitales generales, los depósitos de mendigos, etc., al igual que los lugares de encierro tutelados por órdenes o congregaciones religiosas, se sitúen en un segundo plano, haciendo que sea más atractivo para las familias la idea de controlar ellas mismas a los locos, manteniéndolos bajo su liderazgo y protección; haciendo que únicamente aquellos que no puedan ser corregidos se sometan a la dirección del Estado y puedan ser controlados por el orden público. Frente a estas discrepancias sobre el control y la protección de los locos, surge la instancia médica, la cual se verá sustentada por el sistema judicial y por el ascenso de la burguesía, pero no será la única, el siglo XVIII ha traído innumerables innovaciones.

La primera consecuencia del siglo XVIII es el intento de abandono del Antiguo Régimen, con todo lo que ello supone. En el caso que nos atañe, podemos observar como:

La lucha contra el absolutismo pasa también por la destrucción de sus fortificaciones hospitalarias; la lucha contra el oscurantismo religioso pone en primera plana la liquidación de las Congregaciones que compartían con el poder real el privilegio de encerrar corrigendos, locos y pobres con todos aquellos que en ellas buscaban, más o menos voluntariamente, su salvación. Se establece una reorganización de la asistencia sobre la base de la distribución de las ayudas a domicilio. La medicina será «liberal» en una sociedad «liberal»³².

Se elimina el estatuto de los hospitales y las órdenes religiosas. Las nuevas dependencias para los anteriores encerrados pasarán a ser casas o instituciones

³² Castel, R. *El orden psiquiátrico: la edad de oro del alienismo*. La piqueta, Madrid, 1980, Pág. 64

controladas y dirigidas por el Estado, o bien tratados y vigilados por sus propios familiares. Además, el peso perdido por la religión en el tratamiento de la locura es suplantado por la medicina y la figura del médico. Es en este momento en el cual la medicina trata de ampliar su campo de estudio y de acción. En el colapso del sistema en relación con la locura es cuando surge un nuevo agente predispuesto a solventar los problemas y realizar un nuevo enfoque de la locura. La medicina se adueña poco a poco, y no sin dificultades, del discurso sobre la locura, extendiendo su poder sobre las relaciones jurídicas, sociales y por supuesto médicas. Surge así la locura como enfermedad mental, como una creación moderna cuyo estatuto ontológico ha sido diseñado por el Hospital General, una nueva dimensión que transforma la antigua locura, la sinrazón, en una nueva materialidad técnica. Un primer ejemplo se observa en el cambio del estatuto jurídico, social y civil del loco, convirtiendo a este en un *alienado*. Por tanto, en el ámbito social y jurídico, habría diferentes categorías de sujetos, siendo el *alienado* una categoría destinada a la desprovisión de determinados derechos, deberes y responsabilidades, todo ello sustentando por un discurso médico-científico. De este modo, «en una sociedad basada en el contrato, el alienado es aquel que escapa a todo tipo de relación contractual. Pero al mismo tiempo deja de tener un cometido porque esta ausencia de derechos constituye su estatuto. Sufre una puesta bajo tutela unilateral a todos los niveles de la relación médica, institucional y legal»³³. Semejante proceso de infantilización de una parte de la población, sustentada bajo criterios jurídicos y médicos, sometidos a unos regímenes de poder-saber, han permitido que «las definiciones de enfermedad y de demencia, y la clasificación de las demencias, fueron realizadas de modo tal de excluir de nuestra sociedad a ciertas personas o ciertos patrones de comportamiento»³⁴. Figuras que antes eran toleradas como el loco del pueblo, el niño alterado, el vago, el vagabundo...; ahora son alienados. Las nuevas formas de poder han impuesto el trabajo como el eje fundamental de la sociedad y de la vida, discriminando aquellas figuras que se opongan o supongan un enfrentamiento a las nuevas formas de conducta y de vida. Los vagos, los alienados, estos sujetos repudiados, son figuras de las que se debe huir; ya no es necesario un lugar de exclusión para diferenciar lo

³³ Castel, R. *El orden psiquiátrico: la edad de oro del alienismo*. La piqueta, Madrid, 1980, Pág. 235

³⁴ Chomsky, N. – Foucault, M. – Elders, F. *La naturaleza humana: justicia versus poder. Un debate*. Katz, Buenos Aires, 2006

«normal» de lo «anormal». Estos roles se han interiorizado en la sociedad, son visibles, transmisibles y aplicables. El poder ha cosificado a los sujetos, confiriéndoles una anormalidad adscrita en mayor o menor medida a unas reglas establecidas por un conjunto de discursos.

La pronta destitución de los hospitales se debió a dos problemas fundamentales. Por un lado, los propios encerrados; marginados, pobres, mendigos, vagabundos, delincuentes, enfermos... eran considerados como pecadores ante los ojos de Dios, del poder político y del resto de la sociedad, padeciendo por ello incesantes tratos denigrantes y violentos. Era una institución cruel y despiadada, a la que los encerrados no accedían de forma voluntaria y que concentraba ciertas críticas sociales en tanto que detrás de sus muros se encerraban indistintamente a estos sujetos junto con los que eran denominados como «pobres válidos». Del mismo modo, tras la Revolución Francesa, el hospital era considerado como una figura representativa del sistema anterior, el absolutismo político y la irracionalidad económica. «La conjunción de la crítica política de un bastión del absolutismo y la crítica económica del coste exorbitante de su gestión acarrea el descredito del complejo hospitalario y la búsqueda de una alternativa en el desarrollo de las ayudas a domicilio»³⁵. Por tanto, se convirtió en un elemento que debía ser suprimido, reconcebido, rediseñado y repensado. Uno de los motivos principales se debe a la necesidad de eliminar el término hospital, muy vinculado al régimen anterior y a las *lettres de cachet*, lo cual se debe a que «veían en el hospital un bastión del absolutismo, un aparato de poder basado en desarraigar de su medio a los desvalidos para colocarlos bajo la férula de una autoridad absoluta»³⁶. Frente a ello se optó por un nuevo modelo de asistencia basada en tratar los posibles problemas de orden social desde la raíz, es decir, las ayudas económicas se destinaron a los núcleos familiares con la intención de que salvaguardaran el orden social dentro de sus integrantes. Este nuevo modelo estaba sustentado en una nueva economía social que empezó a imperar a mediados y finales del siglo XVIII, momento en el cual comienza a extenderse la idea de que el capital humano es una gran fuente de poder económico; la mano de obra se revaloriza y todos estos sujetos encerrados comienzan a verse como

³⁵ Castel, R. *El orden psiquiátrico: la edad de oro del alienismo*. La piqueta, Madrid, 1980. Pág. 76

³⁶ Castel, R. *El orden psiquiátrico: la edad de oro del alienismo*. La piqueta, Madrid, 1980. Pág. 87

obreros baratos que pueden ser utilizados en las fábricas. Por tanto, la ideología política y social debía ir pareja a las nuevas necesidades y consideraciones del momento, motivo por el cual podemos observar como:

El Comité de Mendicidad de la Asamblea Nacional es adicto a la vez a las ideas de los economistas y a las de los médicos que estiman que el único lugar posible de remedio de la enfermedad, es el medio natural de la vida social, la familia. En ella, el costo de la enfermedad para la nación se reduce al mínimo; y desaparece también el riesgo de verla complicarse en el hospital, la forma aberrante de una enfermedad de la enfermedad³⁷.

De este modo, debemos aferrarnos al nuevo paradigma en el cual:

La enfermedad es un accidente individual al cual la familia debe responder, asegurando a la víctima los cuidados necesarios. El hospital es una solución anacrónica que no responde a las necesidades reales de la pobreza, y que estigmatiza en su miseria al hombre enfermo. Debe haber un estado ideal en el cual el ser humano no conocerá ya el agotamiento de los trabajos fatigosos, ni el hospital que conduce a la muerte³⁸.

Por tanto, se trata de gestionar, no ya los problemas ocasionados por los individuos, sino la conducta de éstos desde sus comienzos, desde su niñez. No solo entran en juego aquí consideraciones morales o políticas, la medicina también se imbuje en este proceso y se afianza como la garante de la lucha contra la mortalidad infantil, las epidemias, la higiene... Todo ello por dos motivos, el control social de las nuevas generaciones y para preservar el nuevo valor económico emergente, la mano de obra obrera.

El alienado es una instancia de poder que no encaja en este nuevo orden social capitalista y liberal. El alienado es una figura molesta para la burguesía,

³⁷ Foucault, M. *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Siglo XXI, México, 1987, Pág. 65

³⁸ Foucault, M. *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Siglo XXI, México, 1987, Pág. 72

motivo por el cual se convierte en una figura de vital importancia a partir de este momento. No solo el alienado cobra relevancia, existen otros personajes incluidos en el grupo de insumisos; entre ellos podemos destacar a los criminales, personas que anteponen sus intereses privados y personales a los de la sociedad, siendo además, esta decisión un acto totalmente racional. Sin embargo, los alienados escapan a esta consideración. No pueden ser judicializados, sus acciones o transgresiones de las leyes y normas no se deben a cálculos racionales y premeditados. Su conducta, su forma de actuar, está precedida por la locura, por la irracionalidad, no son dueños racionales de su voluntad. Por ello la medicina cobra tanta importancia, se convierte en el método que se tiene para poder tratarlos y corregir su comportamiento, al igual que se hará con los criminales desde el sistema penitenciario. Una segunda figura de discrepancia social es la encarnada por los vagabundos y mendigos. Son sujetos que a partir de este momento escapan de los castigos otorgados por las *lettres de cachet* o por la voluntad real; ahora es necesario alegar motivos racionales y adscritos a la legislación para poder efectuar su encierro. Tanto el vagabundeo como limosnear no son constitutivos de delito, de tal modo que, para evitar la masificación de estas figuras en las calles, se opta por medidas de asistencia semejantes a las de los locos. Son precisamente estas prácticas sociales de beneficencia las que enredan a estos sujetos en los mecanismos de poder, quedan sometidos a las ayudas y subsidios sociales, son presos las normas impuestas por los establecimientos de mendicidad en donde se les otorga asilo, subsistencia y trabajo. Frente a estas figuras, está íntimamente ligada la del proletariado. Aquellas personas sin empleo serán sometidas a la misma lógica. Mediante la premisa de la existencia de puestos de trabajo, además de un mercado laboral en el cual el trabajador puede venderse, los proletarios disponen de la posibilidad de adquirir dinero y propiedades, recayendo sobre ellos la responsabilidad de no caer en la práctica de la mendicidad ni convertirse en vagabundos. Estas nuevas estructuras y relaciones de poder han desencadenado una transformación en el sentido de que:

La sociedad burguesa ha reducido la razón al cálculo y los intercambios se desenvuelven en el universo helado de la justicia contractual. Pero la desigualdad de posiciones induce un flujo de intercambios de otro género; la generosidad sale al encuentro de la miseria y encuentra el agradecimiento del asistido. Beneficencia: reinterpretación burguesa de la piedad russoniana.

Suplemento del alma que es también suplente de la ley del orden y que, por supuesto, actúa a su servicio. Al pobre se le mantiene en los límites de la supervivencia a través de las férreas leyes de la economía. De este modo está dispuesto a aceptar a su explotador-benefactor en una relación especular en la que la alegría del donante que hace una ofrenda sin obligación está en reciprocidad con el agradecimiento del asistido salvado de la necesidad por un socorro al que no tiene derecho³⁹.

El desmantelamiento de los hospitales tiene esta finalidad. Vagabundos, limosneros y locos «hábiles» son absorbidos por el nuevo sistema laboral. Además, se elimina progresivamente la asistencia social del Estado, obligando a los desamparados a recurrir a la caridad burguesa, la cual está dispuesta para ser un elemento de control que evite revueltas y odio, haciendo hincapié en que la caridad que ahora ampara a los más pobres es una gracia otorgada por la burguesía, mostrando a ésta como la garante de las limosnas. El estado únicamente se hará cargo de aquellos sujetos que no puedan trabajar, tales como pueden ser los criminales, los enfermos mentales o los mendigos incorregibles. Finalmente se encuentra la familia y, en concreto, los niños, los cuales cobraron relevancia en la medida en que:

En el siglo XVIII empezó a haber una preocupación intensa por la salud de los niños, y gracias a ella, por lo demás, se pudo bajar en medida considerable su mortalidad. La mortalidad infantil aún era gigantesca a finales del siglo XVIII, pero la medicalización no dejó de extenderse y acelerarse y ahora los padres están con respecto a los hijos en una posición que es casi siempre medicalizadora, psicologizadora, psiquiatrizadora [...]. Así, el pensamiento médico, la inquietud médica parasitan todas las relaciones⁴⁰.

El nuevo núcleo familiar será de vital importancia para el futuro desarrollo de la locura. A partir de este momento la familia es la encargada de velar por el cuidado de los niños, pero no solo físico o alimenticio. El deber de la familia se extienden a que son partícipes y responsables de la educación de los niños, quedando

³⁹ Castel, R. *El orden psiquiátrico: la edad de oro del alienismo*. La piqueta, Madrid, 1980. Pág. 141

⁴⁰ Foucault, M. *El poder, una bestia magnífica: sobre el poder, la prisión y la vida*. Siglo XXI, México, 2013, Pág. 35

bajo su obligación evitar que estos caigan en la locura. A partir de este momento, «la familia disciplina el cuerpo, establece el principio de realidad y explicita el significado de la autoridad para toda conducta. Ella fija las formas de expresión de la individualidad, los sentimientos y la afectividad. Establece una cadena de limitaciones y autoriza las formas de manifestación de la individualidad y espontaneidad»⁴¹. Como método para lograrlo, el desarrollo de la psiquiatría y la psicología tratarán de apoderarse de la educación de los niños para poder implantarla e imponerla en las familias. Por tanto:

Lo que se pidió a la familia restringida, lo que se pidió a la familia célula, lo que se pidió a la familia corporal y sustancial, fue que tomara a su cargo el cuerpo del niño que, a fines del siglo XVIII estaba convirtiéndose en una apuesta importante, y esto por dos razones. Por una parte, se solicitó a esa familia restringida que tomara a su cuidado el cuerpo del niño simplemente porque vivía y no debía morir. El interés político y económico que empieza a descubrirse en la supervivencia del niño es uno de los motivos, con seguridad, por los que se quiso sustituir el aparato laxo, polimorfo y complejo de la gran familia relacional por el aparato limitado, intenso, y constante de la vigilancia familiar, de la vigilancia de los hijos por los padres. Estos últimos tienen que ocuparse de los niños, tienen que amparar a sus hijos, ampararlos en dos sentidos del término: impedir que mueran y, por supuesto, vigilarlos y al mismo tiempo educarlos. La vida futura de los hijos está en manos de los padres. Lo que el Estado pide a éstos, lo que exigen las nuevas formas o relaciones de producción, es que el gasto, hecho por la existencia misma de la familia, de los padres y los hijos que acaban de nacer, no sea inútil a causa de la muerte precoz de éstos. Por consiguiente, toma a cargo del cuerpo y la vida de los hijos por parte de la familia: sin duda es una de las razones por las que se pide entonces a los padres que presten una atención continua e intensa al cuerpo de los niños⁴².

Foucault se centra en la masturbación pero puede ser aplicable a la locura o la educación en las normas sociales y la normalidad; lo cual se debe a que:

⁴¹ Lozada Pereira, B. *Filosofía de la historia I: Ensayos sobre el retorno, la utopía y el final de la historia*. Instituto de Estudios Bolivianos, La Paz, 2009, Pág. 243

⁴² Foucault, M. *Los anormales*. Akal, Madrid, 2001, Pág. 236

Esta educación debe obedecer a un cierto esquema de racionalidad, debe obedecer a cierta cantidad de reglas que, precisamente, tienen que asegurar la supervivencia de los niños por una parte, su domesticación y desarrollo normalizado por otra. Ahora bien, esas reglas y su racionalidad son de propiedad de instancias como los educadores, como los médicos, como el saber pedagógico, como el saber médico. En suma, toda una serie de instancias técnicas que enmarcan y están por encima de la familia misma⁴³.

El niño se convierte en una creación política y de saber, controlado por relaciones y técnicas de poder, distribuidas con la finalidad de guiar a las futuras generaciones por una senda moral concreta, por unos comportamientos definidos y un tipo de subjetividad diseñada. Todo esto se ha podido lograr en la medida en que:

Al convertirse en ciencia del infantilismo de las conductas y las estructuras, la psiquiatría puede llegar a ser la ciencia de las conductas normales y anormales. De modo que podrían extraerse estas dos consecuencias. La primera es que por una especie de trayecto acodado, y al concentrarse cada vez más en ese rinconcito de la existencia confusa que es la infancia, la psiquiatría pudo constituirse como instancia general para el análisis de las conductas. Si pudo convertirse en una especie de instancia de control general de las conductas, en el juez titular, si lo prefiere, de los comportamientos en general, no fue mediante la conquista de la totalidad de la vida ni con el recorrido del conjunto del desarrollo de los individuos desde su nacimiento hasta su muerte; fue, al contrario, al limitarse cada vez más, al excavar cada vez más profundamente en la infancia⁴⁴.

⁴³ Foucault, M. *Los anormales*. Akal, Madrid, 2001, Pág. 237

⁴⁴ Foucault, M. *Los anormales*. Akal, Madrid, 2001, Pág. 280

2.3. SISTEMA NAPOLEÓNICO:

El ejemplo de la implantación de la medicina, del médico, en definitiva, de la psiquiatría en el seno de las familias ya nos demuestra que «la psiquiatría funciona – a principios del siglo XIX y ya avanzado éste, quizás hasta alrededor de 1850 – no como una especialización del saber o de la teoría médica, sino mucho más como una rama especializada de la higiene pública. Antes de ser una especialización de la medicina, la psiquiatría se institucionalizó como dominio particular de la protección social, contra todos los peligros que pueden venir de la sociedad debido a la enfermedad, o a todo lo que puede asimilar directa o indirectamente ésta»⁴⁵. La educación social de los niños cobra una vital importancia. Surgen nuevos discursos de verdad asociados a las nuevas relaciones de producción y especialmente a la incipiente importancia cobrada por la psiquiatría. Para que estos discursos pudieran mantener el estatus de relaciones dominantes de poder, fue necesaria la participación de dos procesos. Por un lado se hizo necesario que la locura fuera identificada y tratada como una enfermedad. Se la dotó de una sintomatología, se la asoció a unos determinados desórdenes, en definitiva, se incorporó a unos estándares médicos que permitieran crear mecanismos y procedimientos de actuación cuya finalidad era la detección de la locura, además de procesos de análisis y tratamiento como podían consistir los mecanismos basados en la nosografía, es decir, los mecanismos basados en la calificación de la locura a partir de sus causas, sus manifestaciones o su evolución. También se incorporó el uso de pronósticos, observaciones minuciosas, historiales clínicos, etc. La locura fue transformada en una enfermedad que podía ser analizada, seguida y tratada. La psiquiatría hace que «la locura no devenga como una perturbación del juicio, [sino] como una alteración en la manera de actuar, de querer, de sentir las pasiones, de adoptar decisiones y de ser libre, en suma, ya no se inscribe tanto en el eje verdad-error-conciencia cuanto en el eje pasión-voluntad-libertad»⁴⁶.

⁴⁵ Foucault, M. *Los anormales*. Akal, Madrid, 2001, Pág. 111

⁴⁶ Foucault, M. *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre dominación y desviación*. La piqueta, Madrid, 1990, Pág. 70

Si en el primer proceso la locura se identificó como una enfermedad, en el segundo proceso fue asociada a la peligrosidad. La locura se convirtió en una enfermedad peligrosa. Se presentó como una fuente de problemas, de peligros. Los responsables fueron «el discurso médico y el jurídico [...] lugar de encuentro de todo un proyecto psiquiátrico que quiere demostrar que, al fin y al cabo, toda locura es peligrosa, y de que existen unas nuevas técnicas punitivas que se aplican sabiamente sobre el alma de los individuos»⁴⁷. Esta visualización de la locura permitió, al igual que se ha hecho con otros sujetos sociales, como el leproso, el contagiado, el delincuente... distinguirlo, señalarlo, excluirlo; pero, ahora, además, el loco podía ser tratado y comprendido mediante sus síntomas. Sin embargo, los mecanismos para hacer frente a esta amenaza, en las que se incluye la invasión del miedo, provocaron que la locura se convirtiera en un elemento a tratar clínicamente, pero principalmente, debía ser tratada antes de su aparición. Fue necesario que los síntomas de la locura fueran prevenidos, pudiendo de este modo evitar los peligros asociados a ésta. De aquí surge la importancia de la infiltración de la psiquiatría en las familias y en la infancia.

Durante esta nueva etapa, durante el Imperio Napoleónico, se reinstaura el hospital como centro de inserción de alienados y otros excluidos sociales, además de la asistencia mediante órdenes religiosas. Pero el retorno a los grandes hospitales no significa el retorno a las viejas estructuras del Antiguo Régimen. En esta nueva etapa el hospital se renueva, fruto de «desbloquear estructuras, liquidar arcaísmos, recuperar retrasos, racionalizar procedimientos, rentabilizar costes, humanizar relaciones, etc. Realismo, eficacia, rentabilidad, moralidad, buena gestión: el hospital es reformable. Una vez modernizado puede convertirse en la piedra angular de un nuevo dispositivo de asistencia renovada con el menor coste político y financiero. No es un aparato de poder que aplasta a los hombres y reproduce la esclavitud. Es un establecimiento mal dirigido»⁴⁸. La reforma del sistema hospitalario está asociada a la figura de Pinel, el cual redistribuye el espacio hospitalario y reestructura las disposiciones de los encerrados en él. Su método, el aislamiento y la segregación de

⁴⁷ Serrano González, A. B. *Michel Foucault: sujeto, derecho, poder*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1987, Pág. 106

⁴⁸ Castel, R. *El orden psiquiátrico: la edad de oro del alienismo*. La piqueta, Madrid, 1980. Pág. 87

presos, bien por diferencias económicas, por agrupaciones en torno a la edad, por causas del encierro, como puede ser la vejez, la soledad, el abandono de los niños por parte de los padres, enfermedades... Los encerrados ya no son una masa uniforme de personas encerradas en un espacio indefinido. Dentro de los muros del hospital han surgido subdivisiones que han catalogado a los pacientes. Pero no por ello se han suprimido las condiciones de vida dentro del hospital que se ofrecían en el Antiguo Régimen, más bien esas condiciones quedaron camufladas mediante una racionalidad, una exigencia social y un discurso de verdad propiciado por la psiquiatría. Por tanto:

En el mundo del internamiento la sistematicidad de la coherencia manicomial inspiró una serie de racionalismo mórbido que hizo de pantalla ante situaciones reales cada vez más degradadas: hacinamiento, miseria material, ausencia de actividades terapéuticas, violencia cotidiana, etc.; quedaron como sublimadas por un discurso racional cercano al delirio sobre los beneficios del aislamiento, el rigor médico, de las clasificaciones, la eficacia del tratamiento moral... Largo sueño dogmático del psiquiatra que siguió creyéndose médico cuando no era más que el guardián del orden manicomial⁴⁹.

Del mismo modo, los métodos de encierro no variaron, los métodos y las instituciones fueron las mismas, la única diferencia fue el discurso que garantizaba el encierro, el que lo propiciaba. Ha cambiado el discurso que defiende el encierro y los motivos justificados, pero la intencionalidad sigue siendo la misma y las estructuras de poder similares. El ejemplo más evidente se puede observar mediante una comparativa entre el Antiguo Régimen y este nuevo sistema liberal. Durante el imperio de los criterios reales, y mediante la utilización de las *lettre de cachet*, los encierros servían a motivaciones sociales o políticas. Sin embargo, los lugares de encierro y los métodos utilizados siguen siendo los mismos; la única diferencia se sitúa en las motivaciones del encierro. Ya no se deben a criterios y deseos de índole privada, sino que el encierro está justificado mediante criterios humanistas, en el sistema liberal se encierra al loco *por su bien*, suavizando la forma del secuestro, haciendo menos perceptible las relaciones de dominación y convirtiendo el encierro en algo necesario. El alienado, víctima de la locura, portador de graves peligros, es una amenaza para su propia seguridad, pero

⁴⁹ Castel, R. *El orden psiquiátrico: la edad de oro del alienismo*. La piqueta, Madrid, 1980, Pág. 273

también lo es para la seguridad del orden social, por eso, el encierro es la mejor forma de protegerlo, de proteger a la sociedad y, gracias a la medicina mental, curarlo. Bajo este discurso se justifican los nuevos encierros.

Gracias a la revolución interna potenciada por Pinel, se realizan distinciones sobre los encerrados, creando dos categorías fundamentales: los alienados y los no alineados. Debido a la necesidad de mano de obra en las fábricas, los muros del hospital son abiertos y comienza un éxodo de internos. Sin embargo, sigue habiendo sujetos encerrados, los alienados, es decir, aquellos en los cuales se debe aplicar un tratamiento que consiste en apoyarse en la zona racional, que no está pervertida por la locura. El loco ha dejado de ser una figura ajena a la razón, ya no es un sujeto anormal; la locura ya no se contempla como una forma de error o de ilusión, como un espacio propio del loco que no es peligroso si no se radicaliza. Es a partir de este momento cuando el loco se convierte en un enfermo mental. Debe ser tratado por un médico, por un psiquiatra. El loco, el alienado, es un sujeto que ha perdido la razón. La figura del psiquiatra es una imposición de control y de dominio sobre el loco, que ejerce su influencia para provocar que el alienado observe la realidad de una forma determinada, para que sea reconducido por el camino de la recta razón. Se trata de hacer que el alienado recupere el *sentido común*, que retorne en su racionalidad. Por tanto, «*la relación de autoridad* que liga al médico y a sus auxiliares con el enfermo [es] un ejercicio de poder sin reciprocidad y constantemente aplicado. Porque, evidentemente, la locura es desorden y solamente desorden. Por tanto la vuelta a la razón no puede hacerse más que mediante la interiorización por parte del alienado de una voluntad racional que, en principio, le es ajena porque él no es razonable. Desde ese momento todo tratamiento es una lucha, una relación de fuerza entre un polo «razón» y otro «sinrazón»»⁵⁰. En la practicidad de hallar la zona racional del alienado se establece una relación médico-paciente cuya finalidad es extender la parte racional mediante diversos métodos cuyo factor común es la sumisión del paciente ante los criterios del médico, es decir, el reconocimiento de la locura. Para ello, los psiquiatras no dudarán en la utilización de elementos como la hidroterapia, electroshocks, utilización de diferentes drogas; por ejemplo, si los efectos deseados eran de carácter hipnótico se podía optar

⁵⁰ Castel, R. *El orden psiquiátrico: la edad de oro del alienismo*. La piqueta, Madrid, 1980, Pág. 99

por el cloral, el bromuro o incluso el opio, pero, si el efecto deseado era la sedación del paciente se podía optar por el hachís, la belladona o la escopolamina; también podemos destacar sangrías, purgas, vejigatorios, duchas y baños, tal y como atestigua Foucault:

De aquí provienen las famosas técnicas utilizadas en asilos como Charenton a finales del siglo XVIII y principios del XIX: la ducha, propiamente dicha (el alienado colocado sobre un diván estaba debajo de un depósito de agua fría que se derramaba directamente sobre su cabeza por medio de un gran tubo) y los baños por sorpresa (el enfermo descendía por unos corredores a la planta baja, y llegaba a una sala cuadrada, abovedada, en la cual se había construido un estanque; se le arrojaba hacia atrás para precipitarlo al agua)⁵¹.

Esta imposición de una racionalidad sobre los sujetos encerrados, así como los sistemas que priman la *verdad* del médico frente a la locura o el discurso del paciente, son mecanismos cuya finalidad radica en la transformación de la subjetividad de los pacientes encerrados, y que como veremos se extenderá al resto de la sociedad. En este momento la finalidad es incorporar al alienado al sistema laboral. Por ello, se justifica la empleabilidad de los encerrados en duras jornadas de trabajo bajo una funcionalidad de curación. El trabajo se concibe como un elemento que puede posibilitar o facilitar la curación de los alienados; es concebido como una función determinante en la cura, convirtiéndolo en un elemento terapéutico. En definitiva, todos los elementos utilizados sirven como elementos necesarios para ejercer determinada influencia sobre los mecanismos que actúan sobre la conciencia de los pacientes; se trata, en definitiva de *un tratamiento moral*, es decir, de una «estrategia mediante la cual el poder médico se apoya en todas las relaciones institucionales que se ha agenciado para que le sirvan de refugio. Sería ingenuo sorprenderse de que esa relación adquiriera frecuentemente el cariz de lucha. Es una violencia de derecho, es la violencia de la razón. El alienado no es más que un «disminuido» cuya desventaja además se da frecuentemente a modo de exceso, de desmesura. Hay que doblegarle, someterle con una relación terapéutica que toma la apariencia de un duelo entre el bien y el mal»⁵².

⁵¹ Foucault, M. *Historia de la locura en la época clásica I*. Fondo de Cultura Económica. México, 2013, Pág. 495

⁵² Castel, R. *El orden psiquiátrico: la edad de oro del alienismo*. La piqueta, Madrid, 1980. Pág. 99

Por tanto, «el medico es la ley viviente del manicomio y el manicomio es el mundo construido a imagen de la racionalidad que encarna»⁵³.

El médico se ha convertido en la piedra angular de todo el nuevo sistema psiquiátrico; por tanto no es de extrañar que se le haya constituido como «monarca absoluto» dentro del régimen psiquiátrico. El reinado del médico dentro de los muros del manicomio es completo. Es el encargado de la regulación de todo lo concerniente a los pacientes y los trabajadores que tienen contacto con ellos. El médico es el encargado de regular la condición física y mental de los alienados, además de controlar todas aquellas instancias fuera del proceso clínico como puede ser el orden interno, el control del personal que interactúa con los enfermos mentales... La vida de éstos está gestionada por imposiciones médicas. Dependiendo de la aceptación de la lógica médica, el paciente podrá ser «premiado» o «castigado» en base a sus funciones diarias y su modo de vida dentro del psiquiátrico; además de la duración de la estancia o el medicamento que debe ser suministrado. El médico se ha convertido en el amo y señor de la institución psiquiátrica y domina por doquier todas las disposiciones, procedimientos e incluso la lógica intramuros.

⁵³ Castel, R. *El orden psiquiátrico: la edad de oro del alienismo*. La piqueta, Madrid, 1980. Pág. 99

3. LA PSIQUIATRÍA SALE FUERA DE LOS MUROS

El constante fluir de las diferentes relaciones de poder establecidas, degeneró en unas incipientes necesidades productivas a partir del siglo XIX, momento en el cual se manifiesta una nueva reestructuración de la sociedad que hace necesaria la presencia de todas las figuras desordenadas que integran los hospicios y hospitales en las fábricas; con el fin de poder maximizar los procesos productivos. Sin embargo, estos sujetos no deben ser puestos en libertad y sometidos a su libre albedrío; se hace necesario que sobre ellos, y en general sobre el resto de la población, se efectúe un control disciplinario basado en mecanismos de saber semejante al llevado a cabo dentro de los muros del psiquiátrico. Para lograr tan ardua tarea se hizo necesario que los mecanismos utilizados para el control de la población y de los sujetos con carencias racionales, debieran ser soterrados, invisibilizados y convertidos en una fuente de normalidad.

Dentro de la lógica del poder, las relaciones de poder dominantes poseen una caracterización propia, son capaces de integrar y servirse de aquellos movimientos que tratan de revertir las relaciones establecidas. El ejemplo más evidenciado se puede vislumbrar en el siglo XX, concretamente con el surgimiento de las vanguardias, un movimiento de poder artístico revolucionario que trataba de revertir las relaciones de poder establecidas por el arte mercantilizado. Sin embargo, las propias estructuras de poder artístico comercializado y capitalista fueron entrelazando nuevas formas de dominación mediante las cuales lograron integrar el movimiento vanguardista dentro de sus propias obras artísticas mercantilizadas. Las producciones vanguardistas fueran subsumidas bajo la lógica del poder capitalista, perdieron su efecto de poder revolucionario y quedaron integradas dentro del sistema de poder artístico imperante. En el ámbito que estamos tratando, podemos observar como a partir de 1860, momento en el cual el sistema hospitalario entra en crisis, junto con las teorías alienistas, surge un contrapoder enarbolado por constantes críticas desde todos los sectores, en contra de los regímenes de internamiento de alienados. En definitiva son movimientos cuyas reivindicaciones son materializadas en proposiciones de ley destinadas a traspasar el

poder de encerrar a los alienados, de los médicos, a las instancias judiciales. Frente a estos ataques contra la figura del médico y a los discursos psiquiatrizantes, surgieron diferentes mecanismos que pretendían presentarse como instancias revolucionarias, pero conservando la esencia del discurso psiquiátrico; mecanismos que partían desde los propios discursos alienistas y que apostaban por aislar geográficamente a los alienados, excluirlos por completo de la sociedad, desterrarlos a zonas exclusivas para personas con problemas psíquicos. Esta nueva reorganización de la locura se presentó como una novedad y una solución que eliminaba las fronteras y los muros de los hospitales para ser sustituidos por límites imaginarios, de mayor amplitud, marcados por los lindes fronterizos de las recientes colonias agrícolas, tales como las de Gheel [actualmente Geel, Bélgica]. Ante el auge de agentes revolucionarios, las prácticas disciplinarias del poder optaron por una contrarrevolución caracterizada por suplir las nuevas demandas sociales desde un punto de vista práctico; modificaron la relación entre el poder y el discurso psiquiátrico para dotar a este último de una nueva caracterización que iría modificándose paulatinamente para poder hacer frente a las discrepancias surgidas de los focos de poder sometidos. El primer movimiento fue vislumbrar la locura, no como un conjunto de síntomas, sino como un motivo oculto, una referencia interior; la locura se convertía en un acto en potencia interiorizada en el fondo de los sujetos y que se desarrolla a partir de determinadas circunstancias.

Este cambio de paradigma es fundamental. La locura ya no será considerada como un fallo en el modo de razonar; ahora la enfermedad mental será concebida como una alteración psicosocial que no puede combatirse mediante imposiciones morales-rationales, sino que se puede y debe ser tratada mediante otro tipo de elementos. Sin duda, lo más destacable no son los métodos de curación, sino la posibilidad de prevención. Es a partir de este momento cuando la enfermedad mental, y en general todo el discurso médico, en todos los aspectos, modifica sus criterios de actuación, revisión y sintomatología, para adaptarlos, no ya a la curación, sino a la prevención de la enfermedad. De este modo, el espectro de estudios ya no se centra únicamente en los alienados, ahora toda la sociedad es susceptible de ser estudiada y experimentada con el fin de profundizar en el discurso psiquiátrico, pero a la vez, con la finalidad de ser sometidos en mayor grado a los mecanismos de dominación, que han

logrado disfrazarse mediante nuevos criterios psiquiátricos, camuflando el nuevo control social bajo la apariencia de la necesidad de prevenir cualquier tipo de enfermedad.

Las relaciones de poder se sofistican en todos los ámbitos. Si atendemos a los hospitales, podemos observar pequeños cambios muy representativos y cargados de significación. Por un lado:

El viejo esquema simple del encierro y de la clausura –del muro grueso, de la puerta sólida que impiden entrar o salir–, comienza a ser sustituido por el cálculo de las aberturas, de los plenos y de los vacíos, de los pasos y de las transparencias. Así es como se organiza poco a poco el hospital-edificio como instrumento de acción médica: debe permitir observar bien a los enfermos, y así ajustar mejor los cuidados; la forma de las construcciones debe impedir los contagios, por la cuidadosa separación de los enfermos; la ventilación y el aire que se hacen circular en torno de cada lecho deben en fin evitar que los vapores deletéreos se estanquen en torno del paciente, descomponiendo sus humores y multiplicando su enfermedad por sus efectos inmediatos⁵⁴.

Otro cambio significativo producido en torno a los hospitales fue que los nuevos encierros ya no estaban sometidos a una lógica de internamiento indiscriminado; los nuevos encierros adquieren un prestigio de encierro legal, amparado por la ciencia; a pesar de que la represión, los intentos de normalización, la regulación de conductas, la exclusión y en definitiva los efectos de este poder, siguen siendo los mismos. Ha habido un cambio de paradigma mediante el cual la psiquiatría ha salido fuera de los muros del manicomio y se ha implantado en toda la sociedad, semejante a la que pudimos observar en la intromisión de los médicos y psiquiatras en el cuidado y control de los niños. Esta psiquiatrización de toda la sociedad y no solo de los encerrados en los hospitales, está inscrita en un movimiento de cierre de hospitales y la salida de los alienados de éstos. Estos nuevos elementos tan controvertidos se deben a que:

⁵⁴ Foucault, M. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI, Madrid, 2009, Pág. 177

Se puede entender que el aparente fracaso de esta empresa pedagógica, la incurabilidad del enfermo, pueda realizar una de sus finalidades profundas. El alienado que muere alienado en un manicomio tras una larga vida de alienado exhibe en su destino todas las características negativas de la alienación mental. Simboliza con la perfección de un personaje trágico la exclusión social y humana de la locura. Si alguna cosa puede disuadir de estar loco, es esta visión de una vida de loco, o sea de la vida que se da al loco en esos manicomios donde, sin embargo, se le dispensan –según se dice– todos los auxilios de la ciencia y todos los recursos de la filantropía. Así el sistema siempre gana⁵⁵.

La afilente salida de los internos fuera de los muros del hospital no provocó la desaparición de éstos. Siguió siendo utilizado, pero se «especializó»; únicamente se comenzó a encerrar a aquellos sujetos cuya enfermedad mental era grave o diagnosticada. A partir de este momento es el médico el encargado de juzgar la idoneidad social de una persona, es el responsable de discernir si los sujetos tienen capacidades suficientes de sociabilidad como para poder estar inmersos en el entramado social. Las nuevas medidas llevadas a cabo provocaron la necesidad de esgrimir un certificado médico que validara el posible ingreso en casas de acogida para alienados, y en el cual se explicitara que ese sujeto está incapacitado mentalmente para convivir en sociedad. «Solo la indicación experta del médico puede hacer ingresar con efectos jurídicos a una persona en el mundo de la locura: solo él puede discernir entre el hombre sensato y el irresponsable privado de su capacidad de obrar. [...] Sólo el médico disponía del sistema riguroso e infalible de señales que permitía designar con certeza a la locura: ojos huraños, pulso acelerado, agitación desordenada»⁵⁶. Además, para justificar estos nuevos encierros, se creó una lógica basada en la idea de que estos centros de internamiento eran los lugares más aconsejables para proceder a la curación; aunque también se apostó por concebir al loco como un sujeto peligroso para el orden social, para las personas que los rodean o conviven con ellos, así como para ellos mismos. Es aquí cuando surge la identificación de la locura como algo peligroso.

⁵⁵ Castel, R. *El orden psiquiátrico: la edad de oro del alienismo*. La piqueta, Madrid, 1980. Pág. 245

⁵⁶ Serrano González, A. B. *Michel Foucault: sujeto, derecho, poder*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1987, Pág. 88

Comienza a asimilarse la locura con actos violentos y surge una diferenciación sustancial dentro de la locura. De un lado estarían aquellas personas cuya locura les incita a actuar acorde a sus delirios, de tal modo que no podrían ser conscientes de sus actos. Pero, cabe un nuevo tipo de alienado, aquel que siendo consciente de sus actos, es decir, teniendo unas capacidades de entendimiento «normales», lleva a cabo actos criminales, violentos o fuera de la normalidad. Surgen así los llamados *monomaniacos*, es decir, aquellos sujetos cuya impresión delata racionalidad, pero que disponen de lo que se ha denominado durante esta época como una *naturaleza perversa*. Su comportamiento puede ser asumido como una actividad encasillada dentro de la normalidad, sin embargo, en determinados momentos, pueden verse suscitados por impulsos irracionales que les incitan a tener comportamientos ilógicos. Ha sido precisamente esta caracterización de los monomaniacos la que ha permitido imbuir el miedo y el carácter violento en la figura del loco. A partir de este momento la sospecha se cierne sobre cualquier sujeto racional, cualquiera puede ser un monomaniaco. Para poder lograr esta asimilación, «la psiquiatría debía demostrar científicamente que en el fondo de todo crimen había algo de locura, para que, recíprocamente, se pudiera establecer, con carácter universal, que detrás de toda locura se encuentra inevitablemente el presagio amenazador de un crimen»⁵⁷, y fueron precisamente estos sujetos los que posibilitaron su integración.

En esta época la locura comienza a concebirse, no como un conjunto de síntomas, sino como un motivo oculto, una referencia interior, lo que hemos denominado *naturaleza perversa*. Con el avance de la psiquiatría, «el enjuiciamiento de responsabilidad-racional se va a desplazar desde el acto criminal hasta la persona individual considerada en sus motivaciones profundas, las peripecias de su vida, sus relaciones familiares y sus relaciones sociales»⁵⁸. Se pasa de castigar determinados actos o conductas a investigar las causas, los aspectos profundos, la subjetividad. A partir de este nuevo enfoque de la justicia, se encierra al delincuente en una cárcel o en un hospital, únicamente en base a los análisis psicológicos obtenidos; es decir,

⁵⁷ Serrano González, A. B. *Michel Foucault: sujeto, derecho, poder*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1987, Pág. 96

⁵⁸ Castel, R. *El orden psiquiátrico: la edad de oro del alienismo*. La piqueta, Madrid, 1980. Pág. 189

basándose en si el ajusticiado es un monomaniaco o no. El loco se convierte en un «loco en potencia» que basa su locura en una herencia familiar, en intoxicaciones, influencias del medio social, enfermedades transmitidas... La locura, la enfermedad mental, la monomanía, adquieren un nuevo significado, una nueva connotación. La psiquiatría ha conquistado la sociedad; se ha apoderado de los procesos normalizadores. El paradigma del comportamiento, de la ética, de las pasiones, y en general, de todo lo relacionado con las emociones, ha virado hacia posiciones más restrictivas y a la vez más indetectables gracias a su apariencia de científicidad y de normalidad. Es a partir de este momento cuando la locura deja de ser un mal extendido por toda la sociedad para delimitar un pequeño espectro de ésta, un lugar en el cual se recrudecen sus efectos. La psiquiatría ha profundizado tanto en la psique de los sujetos que no es necesario el encierro para «domesticar» a los integrantes de la sociedad. Nuevos aparatos han surgido o han sido renovados para poder satisfacer estas nuevas necesidades. Sin embargo, sigue habiendo sujetos discrepantes y que su misma existencia supone un enfrentamiento con la norma. Tales sujetos serán denominados como enfermos mentales, desacreditados científicamente; aprisionados en su locura, en la verdad de su propia locura. Para poder identificarlos y defender la postura científicista se establece un proceso de diagnóstico basado en un análisis neurocognitivo que establecerá el padecimiento o no de una enfermedad mental. Se trata de un proceso muy sencillo y simple, de carácter puramente valorativo y subjetivo, mediante el cual se realizará una pequeña evaluación de diferentes aspectos del sujeto. El primer rasgo que debe ser tenido en cuenta es la apariencia física, es decir, su edad, su vestimenta, su peso, la higiene personal e incluso el nivel general de bienestar. Otro factor muy importante a valorar es su nivel de orientación, pudiendo preguntar al sujeto por su nombre, edad, trabajo, residencia, el día y la hora... Del mismo modo, se deberá tener en cuenta su capacidad para completar un pensamiento, para resolver problemas, su capacidad de atención, etc. También es destacable el análisis de su memoria y concretamente su valoración sobre acontecimientos pasados. El médico deberá indagar sobre el pasado del examinado, prestando especial interés en la niñez y en eventos importantes ocurridos durante su vida. Un importante ejemplo de un análisis de este tipo nos lo otorga el médico encargado de la evaluación psicológica de Pierre Rivière, el doctor Bouchard. Según su certificado:

Pierre Rivière tiene veinte años de edad; su constitución es buena, su estatura ordinaria, piel cetrina, aspecto tranquilo aunque sombrío, la mirada oblicua. Todos ellos síntomas de un temperamento bilioso-melancólico. Su salud es excelente, come y duerme perfectamente. Nunca tuvo enfermedades de la piel, ni hemorragias que se repitiesen de manera regular. Nunca ha tenido problemas circulatorios. No ha adquirido la práctica de las sangrías. Su estómago es sano. Jamás se cayó de cabeza; tampoco recuerda haber recibido golpes en la misma. [...] Rivière habla poco. Si se le hace una pregunta, contesta claramente, pero con pocas palabras. [...] Nada hay en sus respuestas que indique el menor trastorno de sus facultades mentales⁵⁹.

Si las facultades de Pierre Rivière son «normales», entonces el origen de la locura debe situarse en otro lugar. El propio Bouchard en su certificado expone que:

Ninguna enfermedad pudo trastornar el cerebro de Rivière, y en las numerosas visitas que le hice desde su estancia en Vire, no he podido observar en él el menor signo de alienación mental. Creo que sólo puede atribuirse el triple asesinato del que es culpable a un estado de exaltación momentáneo, provocado por las desgracias de su padre⁶⁰.

Recurrir a las desventuras de su padre no puede ser un elemento suficiente para probar el delirio mental del acusado. Debemos recurrir a los informes psiquiátricos realizados sobre la figura de Pierre Rivière⁶¹. En ellos se establece que uno de los orígenes de su locura se debe a lazos de parentesco, es decir, su locura ha sido heredada y transmitida a lo largo de las generaciones en su familia. Para ello citan el caso del hermano de su madre, dos primos, su propia madre e incluso su hermano. Es

⁵⁹ Foucault, M. *Yo Pierre Rivière habiendo degollado a mi madre, mi hermana y mi hermano: un caso de parricidio del siglo XIX*. Busquets, Barcelona, 1976, Pág. 135

⁶⁰ Foucault, M. *Yo Pierre Rivière habiendo degollado a mi madre, mi hermana y mi hermano: un caso de parricidio del siglo XIX*. Busquets, Barcelona, 1976, Pág. 136

⁶¹ Foucault, M. *Yo Pierre Rivière habiendo degollado a mi madre, mi hermana y mi hermano: un caso de parricidio del siglo XIX*. Busquets, Barcelona, 1976, Pág. 138 – 149

tal el atrevimiento que incluso se llega a afirmar que «su origen y su consanguineidad con tantos locos explican sobradamente en él la existencia de esta cruel enfermedad»⁶².

La enfermedad mental se concibe como un desorden de origen psíquico, que puede derivar de la genética, es decir, la enfermedad mental puede ser heredada mediante antecedentes familiares. Sin embargo, la enfermedad mental puede estar latente en la genética y no desarrollarse. Para que podamos hablar de un sujeto con enfermedad mental, ésta debe haber sido «explotada». La enfermedad mental escapa de su estado latente y se manifiesta cuando se afronta un evento de carácter traumático que desemboca en su manifestación, o bien ante el consumo de sustancias tóxicas como pueden ser determinadas sustancias psicoactivas. En el caso de Pierre Rivière, el origen de su locura se halla en su herencia familiar; sin embargo, debemos atender al desencadenante del proceso, el cual estará enfocado principalmente en su infancia, concretamente a partir de los cuatro años, momento en el cual comenzó a ser considerado como una persona diferente, como un «tonto», un «imbécil», el hazmerreír de los demás niños. Las constantes humillaciones repercutieron en un desarrollo incompleto de las facultades afectivas y un progresivo aislamiento que desencadenó su locura.

Nos hemos adentrado en la realización de un examen psicológico, pero hay otras posibles formas de detectar una enfermedad mental, especificaciones que nos proporciona Pilar García Iriarte⁶³ cuando concibe que es posible apreciar determinadas conductas que podrían ser sintomáticas de una enfermedad mental o de un proceso de comorbilidad cuando se detecta que el sujeto experimenta pensamientos y acciones desordenadas o caóticas, las cuales pueden ir acompañadas de alteraciones vegetativas como un aumento de la presión cardíaca, sudoraciones, dilatación de las pupilas e incluso temblores. También es posible diagnosticar una posible enfermedad mental si seguimos los procedimientos descritos en su análisis, como puede ser una

⁶² Foucault, M. *Yo Pierre Rivière habiendo degollado a mi madre, mi hermana y mi hermano: un caso de parricidio del siglo XIX*. Busquets, Barcelona, 1976, Pág. 139

⁶³ García Iriarte, P. (Febrero del 2017). Intervención de Cáritas y Pastoral Penitenciaria en prisión ¿Te atreves a desmitificar mitos?, En *Introducción al mundo de la prisión: realidad, consecuencias y retos*. Conferencia llevada a cabo en Centro Joaquín Roncal, Zaragoza.

orientación alterada, dificultad para mantener la concentración, síntomas de estupor o de actos impulsivos; a los cuales se les debe añadir un estado de ansiedad, miedo, inquietud, tensión e incluso alucinaciones o delirios. Pilar García Iriarte también destaca un hecho de vital importancia; un enfermo mental de carácter crónico no puede ser curado de su enfermedad. Únicamente se le puede otorgar, mediante ejercicios destinados a adquirir habilidades para afrontar situaciones emocionales, terapia y medicamentos (por ejemplo para la esquizofrenia o el trastorno bipolar determinados antipsicóticos como pueden ser *Clorprozamina*, *Perfenazina*, *Clozapina*, *Risperidona*...) una estabilidad en su enfermedad, permitiéndole una mayor adaptación a la vida social.

Es precisamente esta vida social la que ha sido transformada, moldeada y producida por las relaciones simbióticas entre las relaciones de poder y los discursos de verdad psiquiatrizantes. Un ejemplo de este cambio en el pensamiento y conciencia de la sociedad debido a la influencia de la psicología y de la psiquiatría lo observamos en el caso de Charles Jouy, un personaje similar a Pierre Rivière, un hombre solitario, excluido, en definitiva, anormal. El ejemplo de que nos proporciona Charles Jouy comienza cuando es masturbado por Shopie Adam, una práctica habitual en el grupo de amistades de Shopie, y cuyo castigo por parte de los padres solía recriminarse con una amonestación verbal o un pequeño castigo simbólico. Sin embargo, el desarrollo y la inclusión de la psiquiatría dentro de la sociedad civil y dentro de las familias nos demuestra que

La psiquiatrización no procede de arriba, o no procede exclusivamente de arriba. No es un fenómeno de sobrecodificación externa en que la psiquiatría llegue a pescar a ese personaje enigmático que es Jouy a raíz de un problema, un escándalo o un enigma. En absoluto: en la base misma se puede empezar a descubrir un verdadero mecanismo de recurso a la psiquiatría⁶⁴.

El paradigma social ha cambiado. Nos encontramos ante un nuevo orden social marcado por la psiquiatrización; ésta ya no busca sujetos con los que cerciorar su discurso. La psiquiatría se ha interiorizado en las subjetividades, y son los

⁶⁴ Foucault, M. *Los anormales*. Akal, Madrid, 2001, Pág. 269

sujetos los que sienten la necesidad de recurrir a ella. Por ello, el ejemplo de Jouy es muy evidente, porque cuando la familia descubre el hecho mediante un análisis de la ropa íntima de Shopie, la reacción de la familia es diferente a la que se podría esperar bajo las circunstancias anteriores, Su reacción pasa por poner los hechos de manifiesto ante el alcalde de la aldea, exigiendo medidas disciplinarias. «La niña esperaba un par de capirotaos; pero en realidad la familia ya no tenía ese tipo de reacción, ya estaba conectada a otro sistema de control y poder»⁶⁵. Se ha producido un cambio en el discurso, en la mentalidad y en la subjetividad de la sociedad, provocado por las modificaciones en los regímenes de poder y en los discursos-verdad. Estos cambios repercuten en nuevas relaciones de poder más difuminadas, más entrelazadas, más invisibilizadas; estos discursos se han interiorizado dentro de la sociedad. Los alienistas, ante su pérdida de poder dentro de los muros del hospital, tratan de imponer su sabiduría, la legitimidad de su verdad, más allá de los muros del confinamiento psiquiátrico; quieren ampliar sus nuevas zonas de acción y para ello se necesita un nuevo discurso.

De cara al exterior, la justificación basará su argumentario en un mayor conocimiento del hombre, de la locura, de la psique humana, etc. Sin embargo, la verdadera intencionalidad del poder será someter este deseo por conocer y saber a una mayor dominación y disciplinamiento de la sociedad. En esta búsqueda, el poder dispondrá de nuevas herramientas para llevar a cabo sus fines, dispondrá de un nuevo discurso que la capacite un mayor ocultamiento y a la vez una mayor eficacia. Su secreto se encuentra en su capacidad para imponer determinadas «verdades»; impondrá una determinada interpretación de la realidad, la cual será disfrazada e interiorizada como Verdad. El poder avanza en el estudio del hombre y, en concreto, de la psiquiatría, alcanzando mayores conocimientos que le permitirán rediseñar un nuevo discurso. Este discurso será repetido y presentado como verdadero ante la sociedad hasta que las conciencias y subjetividades lo hayan asimilado como tal; creando una «Verdad» a partir de una idealidad de la Verdad. Entre sus consecuencias se halla la modelación de la subjetividad con la intencionalidad de crear comportamientos, sensaciones, sentimientos... por medio de sus discursos. El poder cuando presenta una

⁶⁵ Foucault, M. *Los anormales*. Akal, Madrid, 2001, Pág. 269

interpretación no solo busca imponer un conocimiento determinado, trata de crear un conjunto de actitudes predeterminadas. En el caso de la locura, el poder ha dispuesto los medios necesarios para que este asociada a el miedo, el peligro... Podemos esgrimir el ejemplo de la psicopatía⁶⁶. Cuando nos acercamos a los denominados psicópatas, nos encontramos con sujetos con una deficiente o carente empatía. El poder ha desarrollado un discurso sobre ellos de carácter empírico, mediante el cual, su anormalidad se sitúa en una zona no desarrollada del cerebro. El discurso esgrimido por el poder impone su primera verdad al hacernos creer que las bases del comportamiento moral son universales e innatas. A partir de esta idea, el discurso psiquiátrico defiende la idea de que los psicópatas son personas que no han podido desarrollar de una forma óptima la empatía. Durante el desarrollo humano, durante la formación de la subjetividad y la formación del cerebro social, estos sujetos no logran adquirir las facultades necesarias, como la interpretación de las intenciones, provocando deficiencias en su amígdala, repercutiendo en falta de empatía o en la inexistencia de reacciones físicas ante determinadas emociones. Por ello la infancia cobra vital importancia de nuevo. Pero lo más relevante es la dicotomización de la sociedad entre personas con una amígdala sana y una amígdala sin desarrollar. El poder distribuye a la población en espacios imaginarios, otorgándoles un rol social dependiendo de su posicionamiento, y creando un modelo idealizado de sujeto ejemplar. Una vez creada la idealidad que será tomada como referencia del desarrollo moral, se asimilará la normalidad a este esquematismo, permitiendo dividir a la sociedad entre normales y anormales, tomando como eje central el distanciamiento al modelo social idealizado. Así se efectúa el control social, invirtiendo en un discurso que criminalice conductas alejadas de la normalidad e imponiendo la necesidad de acercarse a esta idealización. Se trata de abandonar la locura para aferrarnos a lo racional, a lo normal, a lo correcto. En definitiva se trata de imponer el discurso que tenía el médico de una forma directa dentro de los hospitales, de una forma más soterrada y al conjunto de toda la población. De este modo «será la psiquiatría moderna, pues, la que según su concepción derribe los muros del confinamiento pero no sin antes objetivar una libertad que antes tendría en el corazón

⁶⁶ Reisel, D. (Febrero de 2013) La neurociencia de la justicia restaurativa. TED Talks, California. <https://www.youtube.com/watch?v=IUreuxKGBuY&t=611s>

mismo del insensato; logrando, esta vez sin éxito, que tanto el hombre loco como el cuerdo queden atrapados en la geometría de su propia verdad»⁶⁷

En el momento en que se impone como norma social el comportamiento adecuado y el desarrollo moral, toda la población queda subsumida bajo sus efectos; fruto de la integración de este discurso y su asimilación como lógico, racional, necesario y normal. Para poder adquirir una mayor eficacia en las formas, el poder diseminará un nuevo discurso; sustituirá la primacía de la cura de la locura por su prevención. La aplicación de las técnicas psiquiátricas destinadas a la curabilidad de los alienados y su retorno a la racionalidad sigue existiendo, pero ahora debe cohabitar junto con una nueva expresión del discurso psiquiátrico. Han surgido nuevas condiciones sociales que han permitido que la psiquiatría pueda concebir grandes cambios en sus tratamientos morales, así como una creciente expansión de su aplicación fuera de los muros del hospital.

La plasticidad del poder ha permitido que ya no sean únicamente los sujetos alienados los que deban estar sometidos a un control psiquiátrico. Los mecanismos de control son «poco eficaces» si únicamente son aplicados a sujetos concretos que son encerrados y apartados de la sociedad. Un mayor control en la subjetividad y una mayor efectividad de los mecanismos de dominación podría efectuarse si el control poblacional fuera completo, fuera aplicado a toda la sociedad. Sin embargo, no toda la sociedad está enferma; sino la enfermedad sería considerada como lo «normal» y lo que se considera en estos momentos como «sano» sería lo que escapara a la normalidad, a lo racional y por tanto sería locura. De este modo, se invierte el discurso. La locura no es algo que deba tratarse, es algo de que debe prevenirse. Se deben aplicar métodos terapéuticos y de higiene mental que permitan prever con mayor facilidad la enfermedad mental, así como prevenir las causas que permiten su aparición, además de combatir sus efectos. Este procedimiento afecta a toda la sociedad en tanto que sus actividades y actuaciones están implicadas y gestionadas sobre sujetos sanos. De este modo ningún sujeto puede escapar del control psiquiátrico. Además, para poder fortalecer la presencia de la psiquiatría y de estos procesos de

⁶⁷ Serrano González, A. B. *Michel Foucault: sujeto, derecho, poder*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1987, Pág. 92

higiene mental en la vida cotidiana de la población, se injerta un discurso mediante el cual se muestran estos mecanismos de control como una medida necesaria, natural e incluso deseable. El discurso de verdad asociado a estas prácticas determina que es preferible combatir la locura antes de su surgimiento, que los efectos que de ella puedan acaecer. Sin embargo, obvia mencionar el control y sometimiento social que conlleva este tipo de prácticas, además del fortalecimiento de un determinado discurso médico en detrimento de otros discursos de menor utilidad para la práctica del poder.

Otro de los efectos de este sistema es el control de la moralidad. Al definir la locura como un conjunto de actos inmorales e irracionales; combatir la locura, incluso antes de su surgimiento, exige el control moral de la población, se exige la supresión de determinadas actuaciones y comportamientos con el fin de evitar que puedan ser considerados como locura. Se establece un protocolo de actuación, una guía de comportamiento que tiene una doble finalidad. Por un lado, diferenciar los comportamientos específicos de la locura y los de una psique racional y sana. Al definir sendas líneas de actuación perfila una dicotomía entre lo extravagante, lo cercano a la locura, lo inmoral, lo anormal, lo sintomatológico de una enfermedad mental; frente a otro tipo de comportamientos asociados a lo racional, lo lógico, lo normalizado, lo moral, la salud mental, etc. Habiéndose establecido el reino de la locura y el reino de la normalidad, e imponiendo el camino a seguir para evitar caer en la zona equivocada, con el fin de preservar las conductas apropiadas y la salud mental en la población, se ejercerá un control severo para evitar que los sujetos puedan reproducir comportamientos asociados a la locura. La finalidad exterior es sencilla, evitar la proliferación y surgimiento de enfermedades mentales; la finalidad oculta está mediada por la forma en que se aplican estos métodos. Para llevar a cabo semejante tarea se recurren a diferentes elementos como puede ser el poder coactivo del Estado, la presión social y familiar, el control médico... Todos ellos aunados por un mismo discurso, un discurso establecido, creado, exteriorizado, implantado y expandido por unos determinados intereses en beneficio de un poder en situación de dominación.

4. EL SUJETO PARRÉSICO Y EL LOCO REVOLUCIONARIO

4.1. DISCIPLINA Y VIGILANCIA

Durante la época clásica se produce una *ruptura arqueológica*, es decir, se produce un cambio en las articulaciones sociales derivado de una discontinuidad histórica en las relaciones de poder y en el discurso de verdad. Los saberes triunfantes e imperantes antes de la época clásica son sustituidos por nuevos procesos normativos que surgen como efecto de poderes emergentes que terminarán institucionalizándose en la sociedad. Esta emergencia de nuevos saberes es fruto de un nuevo proceso histórico mediante el cual se imprimen nuevas formas de poder y de disciplina, se reformulan los procedimientos de constitución de los objetos y de los sujetos; nuevas apreciaciones que estarán fundamentadas en un discurso científico que ha modificado el campo de sus investigaciones y ha generado nuevas relaciones de poder en las que se inscribe el surgimiento del Hombre.

Esta nueva *episteme* genera nuevas formas de subjetividad en los sujetos, reorganizando su propia verdad, que es una verdad impuesta, convirtiéndolos en objetos, haciendo que los nuevos objetos sean sujetos confinados en un dualismo normativo. El objeto *loco* se convierte en un sujeto dotado de una ordenación disciplinar fundamentada en una verdad que manifiesta la nueva naturaleza del objeto y constituye la nueva existencia del sujeto. Bajo esta nueva articulación el encierro es reformulado y dotado de nuevas significaciones; se reforma su estructura social a partir de un nuevo micropoder basado en convertir lo homogéneo en singular, en hacer de todas las instancias sociales organismos celulares. El primer lugar donde comenzó a desarrollarse este proceso fue en los hospitales marítimos, centros de contrabando y prácticas ilegales que se convirtieron en prácticas inconcebibles e inadecuadas tras el auge de la burguesía. Este proceso se extendió más allá de los muros de los hospitales marítimos; fue tal su expansión que afectó también al resto de hospitales, casas de atención, asilos, escuelas, cuarteles, cárceles e incluso las fábricas. Las fluctuantes luchas de poder

permitieron que «los mecanismos de exclusión de la locura, de vigilancia de la sexualidad infantil, llegado un cierto momento y por razones que hay que estudiar, pusieron de manifiesto un provecho económico, una utilidad política y, de golpe, se encontraron naturalmente colonizados y sometidos por mecanismos globales, por el sistema del Estado»⁶⁸. Este proceso de individualización y disciplina permitió un mayor rendimiento en dichas áreas; sin embargo, no debemos entender la disciplina como una actividad propia de estos elementos; la disciplina debe entenderse como «poder ejercido sobre uno o más individuos con el objeto de proporcionarles determinados atributos y destrezas para desarrollar su capacidad de autocontrol, para promover su capacidad de actuar concertadamente, para tomarles susceptibles a la instrucción o para moldear sus caracteres de otras formas»⁶⁹. La disciplina se convierte en un instrumento, en una forma de poder que puede ser utilizada con fines económicos y de control. Foucault lo define de este modo:

La «disciplina» no puede identificarse ni con una institución ni con un aparato. Es un tipo de poder, una modalidad para ejercerlo, implicando todo un conjunto de instrumentos, de técnicas, de procedimientos, de niveles de aplicación, de metas; es una «física» o una «anatomía» del poder, una tecnología. Puede ser asumida ya sea por instituciones “especializadas” (las penitenciarías, o las casas de corrección del siglo XIX), ya sea por instituciones que las utilizan como instrumento esencial para un fin determinado (las casas de educación, los hospitales), ya sea por instancias preexistentes que encuentran en ella el medio de reforzar o de reorganizar sus mecanismos internos del poder⁷⁰.

La disciplina como elemento organizador de la sociedad exige la ordenación de los sujetos, una nueva práctica que se pone al servicio de las técnicas disciplinarias. El orden discursivo se ha apropiado de los servicios que le brinda la nueva disciplina, haciendo que ésta sea la encargada de crear, modificar y controlar el nuevo proceso de estructuración social. La nueva dimensión de estos sujetos, así como el discurso sobre el objeto de la locura, vendrá dado por una individualización impuesta

⁶⁸ Foucault, M. *Microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid, 1979, Pág. 146

⁶⁹ Hyndess, B. *Disertaciones sobre el poder. De Hobbes a Foucault*. Talosa, Madrid, 1997, Pág. 111

⁷⁰ Foucault, M. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI, Madrid, 2009, Pág. 218

y ejercida por los nuevos mecanismos disciplinarios. La disciplina comenzará aplicándose dentro de los muros del hospital; vendrá ejercida mediante mecanismos de individualización, como puede ejemplarizarse en el encierro de los locos en celdas individuales. Un acto que modifica su estatuto ontológico, convirtiendo la homogeneidad de la locura en células independientes de locura, es decir, separando al loco del resto de compañeros. Impera una nueva lógica que trata de maximizar los beneficios disciplinarios para poder reconducir las subjetividades hacía la dicotomía entre locura y normalidad, cada vez más radicalizadas y diferenciadas. El aislamiento celular tiene esta finalidad, el loco, al convertirse en una célula separada del resto de compañeros, es más susceptible de ser normalizado; se evita el aglutinamiento de poder por parte de los encerrados, disminuyendo la frecuencia y la intensidad de los ejercicios destinados a la oposición de la «curación». Este proceso de aislamiento, cuenta además con la ventaja de que, permite a los médicos realizar sus tareas con mayor eficacia en la medida en que se aumenta la productividad en sus estudios, en sus catalogaciones y en sus diagnósicos. Así pues:

La organización del espacio empieza a ser concebida de acuerdo con criterios políticos y económicos, dentro de la nueva política general de control de la población: cuarteles, escuelas y hospitales se conciben arquitectónicamente para facilitar la inspección y la vigilancia y, la clasificación y distribución de los individuos⁷¹.

Esta evolución hacía un mayor individualismo también supuso un incremento de la vigilancia, acompañada de castigos destinados a un mayor disciplinamiento. Los castigos pueden ser muy variados, inscribiéndose en leves castigos físicos, determinadas privaciones, humillaciones, encierros...; del mismo modo, los lugares en los que es aplicada esta disciplina también lo son: el Estado, la fábrica, el hospital, la escuela... y todos tienen algo en común, están destinados a controlar a la población en función de una determinada moralidad y normatividad, aplicando la disciplina en todos los sectores del comportamiento y de la vida humana. «Se crean hombres». Los pensamientos son maleables, los ideales, la ideología, los

⁷¹ Serrano González, A. *Michel Foucault. Sujeto, derecho, poder*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1987, Pág. 127

sentimientos... son esculpidos conforme a un molde. El desarrollo de estas condiciones está orientado bajo una serie de prescripciones que condicionarán las futuras eclosiones. Más allá de la mente, el cuerpo también está sometido a estos criterios; el cuerpo se convierte en un instrumento de poder, cuya función principal es la de ser un cuerpo de poder sometido. «A partir de las instancias de control que aparece, el cuerpo pasa a convertirse en algo que ha de ser formado, reformado, corregido, es un cuerpo que debe adquirir aptitudes, recibir ciertas cualidades, calificarse como un cuerpo capaz de trabajar»⁷². Sin embargo, la disciplina alcanza esferas de la existencia ajenas a la relación entre el cuerpo – mente – poder. Esta nueva microfísica del poder ha transgredido los límites humanos para adueñarse del tiempo. Las redes de poder han logrado controlar y vigilar las conductas de los sujetos, y lo han logrado gracias a la transformación del tiempo y del cuerpo en fuerzas productivas, creando sujetos altamente productivos. Esto se ha podido lograr mediante el uso de la disciplina para apoderarse del tiempo, aplicando su nuevo dominio en la producción capitalista, permitiendo castigar todo tipo de incumplimientos como pueden ser retrasos o ausencias; además, los comportamientos y la moralidad son evaluados para poder ser premiados o castigados, prestando especial atención a la corrección de faltas de asistencia, falta de atención, descuidos, comportamientos descorteses, insubordinación, desobediencia e incluso insolencia. La disciplina lo engloba todo. Su eficacia se nutre de su poder de controlar todos y cada uno de los aspectos de la existencia, incidiendo en la finalidad de que los comportamientos resultantes devengan en una mayor productividad al haber sometido el cuerpo, la mente, la sexualidad, el tiempo... a unos filtros de normalidad en los que se excluyen determinados comportamientos y actitudes.

Esta disciplina es aplicada por amplios sectores del cuerpo social y, su finalidad es la de ejercer un control directo sobre el cuerpo y la conducta mediante castigos y procesos individualizantes. En definitiva, se trata de un ejercicio de poder cuya finalidad radica en trazar una frontera entre lo lícito y lo ilícito, entre lo normal y aceptable y, entre lo anormal y contraproducente. Tal actuación permite otro beneficio, el ocultamiento del poder. Los castigos, los procesos violentos de disciplinamiento, las relaciones de dominación... son inscritos bajo la nueva normatividad que las asumirá

⁷² Apreda, G. «La concepción del sujeto en Michel Foucault». <http://borromeo.kennedy.edu.ar/Articulos/SujetofoucaultApreda.pdf>

como normales y aceptables. Los nuevos procesos de dominación serán asumidos como normales, inscribiendo los procesos revolucionarios o las luchas contra el poder dominante dentro de los comportamientos no deseados. De este modo:

Al imponer unos significados legítimos ilegitimando a otros no convenientes, contrarios a la otra parte de la relación, fortalecen el ejercicio del poder al ocultar la procedencia del poder. Es decir, se precisa pasar de relaciones arbitrarias, de clara dominación (esclavismo, apropiación total del otro, transformación en instrumentos, máquinas productoras de unos para beneficio de otros) a relaciones legítimas [...]. De violencia física se pasa a la búsqueda, donde las fortalezas se encuentran en las capacidades de los dominadores para «hacer creer» a los dominados que ellos tienen la autoridad legítima. Así, pues, el poder se oculta detrás o, mejor dicho, por todos lados, mediante la creación de la autoridad. Autoridad que sólo existe como tal cuando es otorgada por los dominados, es decir, cuando éstos la constituyen, la aceptan, cuando éstos se atan a ella⁷³.

Nos encontramos en una nueva etapa, ante un nuevo paradigma social e histórico. Este periodo, fielmente reflejado por la figura del panóptico, puede asociarse del mismo modo con lo que Hardt y Negri definieron como *sociedad disciplinaria*, es decir, «aquella en la que la dominación social se constituye a través de una red difusa de *dispositivos* y aparatos que producen y regulan las costumbres, los hábitos y las prácticas productivas»⁷⁴.

⁷³ César Moreno, H. “Bourdieu, Foucault y el poder”, *Voces y contesto*. Otoño, N° II, año I, 2006, Pág. 3

⁷⁴ Hardt, M. – Negri, A. *Imperio*. Paidós Barcelona, 2005, Pág. 44

4.2. LA CREACIÓN DEL SUJETO

La disciplina condiciona el comportamiento humano, premia determinadas conductas y castiga otras. Es una tecnología de la subjetivación, pero no la única. El hombre se ha convertido en una creación; su subjetividad responde a un proceso difuso de relaciones de poder y de saber; a un espacio de orden compuesto por una serie de reglas que hacen referencia a un espacio temporal histórico concreto y que conforman lo que podemos denominar como *episteme*. En este momento, los saberes de la época han conformado una *episteme* basada en los saberes científicos y el estudio del hombre como nuevo objeto de investigación. La fundamentación de este triunfalismo y el carácter científico de los nuevos saberes no debe buscarse en una noción de verdad absoluta o en que en ellos radique una verdad universal. Su aparición y consolidación se produce en el siglo XIX – XX, momento en el cual diversos conocimientos alejados de las disciplinas científicas precedentes sintieron la necesidad de adquirir el reconocimiento de saberes científicos debido al reconocimiento y el prestigio que suponía. Esta necesidad histórica se explica por la asimilación de los procesos científicos como procesos de verdad. La verdad se sitúa en la ciencia. Las disciplinas no científicas decidieron dar el salto a los discursos científicos buscando alzarse como guardianes de la verdad, absorbiendo multiplicidad de saberes dentro de la categoría de ciencia, tal y como ha ocurrido con las ciencias humanas. Sin embargo, la verdadera finalidad de este proceso no responde a una necesidad por constituirse como discurso verdadero; las nuevas disciplinas «científicas», englobadas dentro de las ciencias humanas, tratan de utilizar su nueva científicidad para construir objetos de conocimiento que, debido a su transcendentalidad, derivarán en sujetos de conocimiento a los que se les impondrá, mediante estos discursos, un control sobre su conducta, utilizando para ello la disciplina.

Los saberes propios de esta *episteme*, y que se engloban dentro de estas ciencias humanas, son la lingüística, la biología y la economía. Corrientes de estudio que construyen un conocimiento «verdadero» sobre el hombre y la sociedad a partir de sus focos de investigación, es decir, el lenguaje, la vida y el trabajo. Estos tres

saberes se entrelazan y posibilitan un conocimiento sobre el hombre, un conocimiento que se instituye como verdadero y que fomenta un proceso disciplinario basado en sus apreciaciones.

Las ciencias humanas pueden estructurarse bajo tres elementos principales, tres zonas de estudio para poder analizar y estudiar al hombre en toda su magnitud. Son la vida (biología), el trabajo (economía) y el lenguaje (lingüística). Mediante estas tres disciplinas se intentará eliminar la opacidad que supone el conocimiento del hombre. Todos los descubrimientos que se realicen sobre su objeto de conocimiento pasarán a ser condiciones de posibilidad de todo conocimiento, es decir, cada avance otorgado por las ciencias humanas en el conocimiento del hombre, nos permitirá conocer las posibilidades para acceder a ese conocimiento, cayendo en un ciclo vicioso. El análisis empírico que se realiza sobre el hombre nos muestra cómo ha sido posible acceder a esos resultados, convirtiendo el objeto de estudio en un objeto empírico que puede ser analizado bajo la experiencia y la observación; pero también es un objeto transcendental en la medida en que escapa a sus posibilidades, es el propio objeto el que estructura los conocimientos que se obtienen de él, provocando que las formas de conocimiento obtenidas vengan dadas por las estructuras del objeto a conocer. El empirismo nos muestra como son las categorías mediante el estudio del fenómeno, pero, para poder estudiar el fenómeno es imprescindible la utilización de unas categorías inherentes al fenómeno; creándose de este modo una circularidad entre el empirismo y el hombre transcendental.

El hombre no es el único que mantiene una transcendentalidad, los discursos de las ciencias humanas también son objetos semi-transcendentales. El lenguaje, la vida y el trabajo son objetos empíricos que albergan en su interior una transcendentalidad que, al igual que el hombre, impide un conocimiento cerrado de ellos. El lenguaje puede ser el más evidente de las tres disciplinas; puede ser estudiado y su historia analizada, así como los cambios que han podido surgir a lo largo de ella. Pero, al igual que es un objeto empírico, también dispone de una naturaleza transcendental en tanto que nos proporciona un conocimiento del mundo. El lenguaje es el encargado de estructurar el mundo, es capaz de presentárnoslo como un fenómeno.

Por tanto, cada vez que se limita un conocimiento del lenguaje, se delimita el conocimiento de la realidad y del propio lenguaje de conocimiento. Dependiendo del lenguaje y de su estructuración podemos hallar diferentes accesos al objeto de conocimiento. Con el estudio de la vida, es decir, la biología, ocurre algo semejante, definimos el objeto de conocimiento al que pertenecemos y que nos determina; por tanto, en el proceso de definirnos nos estamos determinando a nosotros mismos. Finalmente con el trabajo, en el estudio de la economía, estamos realizando un estudio sobre nosotros mismos, de tal modo que apreciamos la parte que podemos conocer de los objetos de conocimiento, es decir, del hombre.

La transcendentalidad del hombre y la de sus disciplinas de estudio han mostrado que el «hombre» no es un objeto homogéneo. Por tanto la infinitud que se abre en su estudio nos reafirma la idea de que «los saberes modernos surgen en los intersticios del *triedro epistemológico* [lo cual] significa que la imagen del hombre se multiplica y enfoca desde infinitos puntos de vista. Sin embargo, la infinitud, la diversidad y el enfoque multidisciplinario terminan por borrarla»⁷⁵. Las ciencias humanas han matado al *Hombre*. Su objeto de estudio no puede reducirse meramente a lo empírico, surgen variantes en el discurso que desbordan constantemente el conocimiento que tenemos de él. Además, el grado de complejidad que nos otorga su estudio hace que sea imposible tener un objeto único de conocimiento; cuantos más detalles tenemos del Hombre más se nos oculta, más difícil es conocerlo. Esta muerte del Hombre debe ser entendida en su justa medida ya que «no se refiere a la naturaleza humana como tal, sino a la disposición epistemológica que explica tanto su aparición, como otras tantas cosas del saber, y su posible desaparición, como tantas otras más»⁷⁶.

Las ciencias humanas han creado y han matado al Hombre. La biología, la lingüística y la economía se han visto incapaces de poder satisfacer las condiciones necesarias para el estudio del hombre como objeto. Sin embargo eso no supone el final de las ciencias humanas; relocalizan el objeto de sus investigaciones

⁷⁵ Lozada Pereira, B. *Filosofía de la historia I: Ensayos sobre el retorno, la utopía y el final de la historia*. Instituto de Estudios Bolivianos, La Paz, 2009, Pág. 230

⁷⁶ Bárcenas Monroy, I. «El hombre como pliegue del saber. Foucault y su crítica al humanismo». *Ciencia Ergo Sum*, Vol. 14, N°1, 2007, Pág. 34

para poder seguir creando discursos de poder. Su nueva referencia sigue siendo el hombre, pero no desde sus condiciones empíricas y finitas, sino desde sus zonas oscuras e impensadas. Surgen así las contraciencias. «El nuevo triedro puede prescindir del Hombre porque sus disciplinas fundadoras se dirigen hacia lo que constituye sus límites exteriores, esto es: el Deseo, la Muerte, la Ley (el psicoanálisis), la Naturaleza y la Cultura (la antropología), el lenguaje como sistema (la lingüística)»⁷⁷. Al fijar el límite del conocimiento del objeto las ciencias humanas tratan de acceder a la zona oculta del hombre; surgiendo el psicoanálisis y la etnología. El psicoanálisis supone el abandono del hombre en tanto que su estudio se caracteriza por analizar el inconsciente, lo impensado. La etnología, por su parte, realizará el mismo procedimiento, no interrogará al hombre, abordará diferentes momentos del inconsciente social para extraer de él los resultados de sus investigaciones. Sin embargo, estos inconscientes, ya sea el analizado por el psicoanálisis o por la etnología, son formaciones lingüísticas, lo cual supone una nueva contradicción dentro de las ciencias humanas. Las ciencias humanas abandonan el estudio del hombre para poder estudiar estructuras lingüísticas, es decir, un inconsciente estructurado por un lenguaje. Por tanto, las ciencias humanas tratan de acceder a una nueva dimensión del hombre intentando comprender sus estructuras lingüísticas, sin percatarse de que para comprender dichas estructuras lingüísticas están utilizando un lenguaje, lo cual genera una nueva circularidad de la que no se puede salir.

El surgimiento y desarrollo de las ciencias humanas, así como su consolidación como *episteme*, se caracterizan por abrirse un nuevo camino en el ámbito de la finitud, es decir, orientando sus investigaciones hacía formas individuales. Esta nueva relación con la finitud incide en la ruptura con el orden de lo infinito, propiciando el estudio del hombre como ser finito, algo impensado hasta el momento debido a que la finitud del hombre supondría analizar seres individuales, los cuales se mostrarían como los límites del orden infinito. Con este cambio de paradigma y la posibilidad abierta para el estudio del hombre, las ciencias humanas inician una nueva investigación individualizada de los objetos de estudio precedentes, pero ahora enfocados desde la finitud. La biología sería el resultado de aplicar axiomas de finitud en la historia natural; la economía sería la visión del análisis de las riquezas desde una perspectiva

⁷⁷ Puerta, J. «De la muerte a la superación del hombre». *Estudios culturales*. Nº1, 2008, Pág. 34

finita. Del mismo modo, la filología estaría relacionada con una gramática general pero eliminando sus rasgos de infinitud. Estas nuevas formas de finitud y reorganizaciones del discurso son las que permiten el surgimiento de la figura del Hombre. El hombre es un ser que habla, trabaja y vive, y lo hace de forma individualizada y desde su finitud. «De esta manera, el hombre, al ponerse en relación con una biología, una economía y una filología –que son formas de la finitud–, va a tomar conciencia de su propia finitud, puesto que él es quien habla, vive y trabaja»⁷⁸.

El hombre, como ser finito, viviente, trabajador y dotado de lenguaje, está atravesado por campos de valor empírico. Es un ser que conoce y, a la vez, es un objeto que es conocido por el propio sujeto cognoscente, es un soberano sumiso en tanto que observa la realidad y los métodos para conocerla. Se halla determinado en la medida en que es objeto de conocimiento, determinado por la vida, el trabajo y el lenguaje; pero a su vez abierto a la indeterminación en tanto que no puede ser conocido del todo. Si recurrimos al lenguaje podemos observar como el lenguaje determina el conocimiento del hombre y al hombre, sin embargo, el hombre indetermina el lenguaje, lo convierte en transcendental; una transformación que modifica la determinación inicial del hombre; creando nuevas determinaciones que abren la puerta a la infinitud del hombre. El objeto de conocimiento sería un objeto finito, pero el sujeto de conocimiento es un ser infinito en tanto que es aquel que fundamenta las categorías que lo categorizan. Esta dualidad objeto–Hombre hace que la identidad de los sujetos se fracture al caer en el pensamiento de lo impensado. El hombre está acompañado de una frontera incognoscible a priori, lo cual no quiere decir que sea un espacio anterior a él; es un lugar que se abre a la posibilidad a la vez que el hombre; por ello, las ciencias humanas abandonarían la idea inicial del Hombre para aventurarse en su inconsciente. Surgen las contraciencias, y lo hacen para poder convertir al Hombre en un ser en-sí, en un objeto empírico, arrebatándole su transcendentalidad.

Estos semitranscendentales, mediante sus discursos, han modificado el ámbito de la representación. La psicología surgirá como la prolongación del estudio de las funciones del ser vivo en el dominio de la representación; la sociología como la

⁷⁸ Bárcenas Monroy, I. «El hombre como pliegue del saber. Foucault y su crítica al humanismo». *Ciencia Ergo Sum*, Vol. 14, N°1, 2007, Pág. 32

representación de la sociedad donde ejerce su actividad y la filología permitiría hallar en el lenguaje una significación. Estas regiones epistemológicas mantienen una relación con el hombre mediante conceptos articulados procedentes de los semitranscendentales. La psicología en el estudio del inconsciente se despojaría de la biología, pero mantendría determinados conceptos básicos como puede ser la Función y la Norma. En la economía ocurre lo mismo, se mantienen conceptos como el de Interés y Regla; se mantendría el concepto de Interés para estructurar un conflicto entre el interés personal y el interés de los demás, permitiendo crear un mercado dinámico basado en la oferta y la demanda; un conflicto que fijaría unas reglas que dirigirían la economía. La filología también dispondría de sus propios conceptos, la Significación y el Sistema. La significación sería la que constituye el sistema, y el sistema estaría encargado de dotar de significado a los términos. Estas funciones son las que estudian al hombre y valoran su adaptación o inadaptación al campo social establecido. Se genera una distinción entre funciones normales y funciones patológicas, que atraviesan todas las estructuras del hombre en tanto que están conectadas con los semitranscendentales. Surge la subjetividad, a partir de las funciones y su sometimiento a una norma, la cual se identificaría con la unión de todas las funciones dentro de un sistema; un sistema que las dota de coherencia y permite que los síntomas patológicos cobren sentido dentro de la norma a pesar de ser funciones excluidas de esta. Por tanto, podemos observar como «el hombre, el sujeto, no es esencial, fundante ni instituyente del conocimiento, sino que es una invención o una resultante de la configuración de la episteme moderna»⁷⁹.

La subjetividad es el resultado del colonialismo de los saberes de la época en el alma y cuerpo de los sujetos. El sujeto es un ser creado, un ser hecho a medida a través de la interiorización forzosa de su *subjetividad*, la cual se conforma a través de los discursos de verdad y de las relaciones de poder. Esta subjetividad conformaría las cadenas de su conducta y de sus acciones. El sujeto, mediante su subjetividad, se convierte en carcelero de sí mismo. Aquí es donde las ciencias humanas inciden para eliminar la zona transcendental del hombre, actúan sobre su subjetividad con la intención de reducirlo a ser un *ser siendo*, es decir, un devenir siempre abierto a procesos de subjetivación, que le permitan amoldar su subjetividad a los procesos

⁷⁹ Benente, M. «Ideología y crítica en Michel Foucault. La cuestión del sujeto». *Praxis filosófica*, Nº 40, 2015, Pág. 187

históricos. Procesos históricos en los que podemos hallar una historia de los procesos de subjetivación, mediante los cuales se produciría un sujeto creado a partir de determinados discursos, como puede ser un discurso psiquiátrico, carcelario, médico, etc. Mediante estas prácticas discursivas de saber, el sujeto deviene como sujeto. Pero los discursos y el orden de los saberes no solo disponen de esta capacidad; para que el proceso de subjetivación tenga una mayor efectividad crean un entramado de posibilidades de *decir la verdad*, con la intencionalidad de crear un espacio en el cual se pueda distinguir prácticas correctas, normalizadas, válidas, de aquellas que suponen una amenaza para estos discursos y por tanto deben ser catalogadas como patológicas, adversas o prohibidas. Creada la subjetividad y un orden basado en la distinción entre lo verdadero, lo bueno, lo deseable, lo correcto y sus consecutivos opuestos, se plasma una realidad social en la que el Hombre y sus condiciones históricas y sociales se presentan como fruto de una relación entre el poder y determinados discursos de verdad. Por tanto:

Desde esta perspectiva, en las sociedades modernas, a tal punto llegaría el condicionamiento ideológico y la colonización del alma del sujeto, que éste estaría imposibilitado de querer algo distinto a lo que fuera prevaleciente y permitido socialmente. Sus aspiraciones, sus creencias acerca de su supuesta oposición al poder, sus proyectos y expectativas de cambio, la visualización de sí mismo en perspectiva de futuro; en fin, lo que aparentemente su voluntad construiría respecto de su propia vida, estaría, en verdad, condicionado por las instituciones establecidas, por los saberes triunfantes y por las condiciones estructurales del sistema⁸⁰

En la sociedad disciplinaria los sujetos, una vez subjetivados, no necesitan de amenazas externas para regular sus comportamientos, no es necesario recurrir al miedo. La disciplina se ha adueñado del cuerpo y ha domesticado el alma, la ha convertido en algo dócil. Los sujetos se ven imbuidos dentro de una lógica propiciada por los saberes establecidos, mediante la cual, se crea un pensamiento estandarizado, que es lo suficientemente amplio como para que se puedan ejercer

⁸⁰ Lozada Pereira, B. *Filosofía de la historia I: Ensayos sobre el retorno, la utopía y el final de la historia*. Instituto de Estudios Bolivianos, La Paz, 2009, Pág. 211

diferentes opiniones e incluso algunas puedan dar la impresión de oponerse a las estructuras de poder dominantes. La disciplina dispone de esta peculiaridad, es capaz de homogeneizar las subjetividades y los sujetos, amarrarlos dentro de unos valores previamente diseñados; normalizando los comportamientos, actitudes y pensamientos con la finalidad de desterrar de ellos cualquier tipo de amenaza, la cual será automáticamente encauzada mediante una represión controlada, asumida y aceptada, hasta que la patología existente remita. De este modo, si el proceso de subjetivación falla, las propias subjetividades creadas serán las encargadas de reconducir por el camino de la normatividad a los sujetos descarriados, alejándolos de los vicios del libre-pensar. La sociedad se convierte en vigilante, en policía, y lo es en tanto que sus subjetividades han sido modeladas de este modo, son reproductoras de la norma, y la reproducen en dimensiones sociales como puede ser la escuela, el taller, el cuartel, la iglesia, la familia... cualquier núcleo social reafirma la subjetividad impuesta e impone su normatividad en el resto de subjetividades. De este modo, «el sujeto es una forma constituida en y por las experiencias históricas, a través de prácticas y tecnologías –de saber, de poder, del yo- en la trama de las complejas relaciones que en cada momento, el individuo mantiene consigo mismo, con los otros y con la verdad. Sujeto no es entonces una forma de identidad, sino que hemos de hablar de “subjetivación” como proceso, pues en los pliegues del saber y el poder se constituyen modos de existencia, se inventan posibilidades de vida»⁸¹. El proceso de subjetivación apela a las tecnologías (vigilancia, disciplina, control) a través de las cuales se construyen y constituyen «modos de subjetivación» (sujeto dócil, sujeto normal, sujeto sano, sujeto jurídico, etc.). Podemos sentenciar por tanto que las ciencias humanas «contribuyen a crear tecnologías oculares y saberes que justifican a las instituciones de vigilancia y secuestro, sin que se atisbe en ellos posición alguna de resistencia»⁸². Creando de este modo lo que se ha llamado la *Sociedad panóptica*.

⁸¹ Paponi, M. S. «La subjetividad bajo nuevas formas de control». *Thémata*, N° 33, 2004, Pág. 305

⁸² Lozada Pereira, B. *Filosofía de la historia I: Ensayos sobre el retorno, la utopía y el final de la historia*. Instituto de Estudios Bolivianos, La Paz, 2009, Pág. 231

4.3. LA SOCIEDAD PANÓPTICA

Estas constantes evoluciones en las formas de aplicar el poder, creando discursos de verdad, asociándolo a una normatividad, ocultándolo bajo criterios racionales y morales, aumentando la disciplina disminuyendo su visibilidad... son consecuencia de los efectos hegemónicos instaurados, fruto de los constantes enfrentamientos entre los diferentes agentes de poder. Las continuas manifestaciones de poder han permitido que los procesos mediante los cuales es manifestado hayan podido perfeccionarse. A raíz de los procesos disciplinarios instaurados durante la Modernidad, además de sus consecuentes reformulaciones y remodelaciones, los métodos de control disciplinario y los efectos del poder hegemónico han desembocado en el panóptico. Inicialmente el panóptico surgió como un modelo carcelario basado en una estructura mediante la cual los presos pudieran ser constantemente vigilados por un guardián, sin que éste pudiera ser observado por los presos. Como resultado, se crearía una constante simbiosis entre la mirada del guardián y la actitud de los presidiarios, siendo éstos alcanzados por una mirada incesante, y sin poder estar en la certeza de que no están siendo observados. Se efectuaría un disciplinamiento total de las conductas ante el miedo a no saber cuándo el preso está bajo la atenta mirada. Un ejemplo de este tipo de arquitectura se puede observar en la obra Arc-et-Senans de Ledoux, en la cual se puede observar como «el aparato disciplinario perfecto permitiría a una sola mirada verlo todo permanentemente. Un punto central sería a la vez fuente de luz que iluminara todo, y lugar de convergencia para todo lo que debe ser sabido: ojo perfecto al cual nada se sustrae y centro hacia el que están vueltas todas las miradas»⁸³.

La efectividad de este nuevo sistema disciplinario se basa en la relación que mantienen estas determinadas relaciones de poder con otras independientes pero que permiten un entrelazamiento. Por un lado se hallarían las relaciones de poder que ejecutan esta disciplina y que han permitido los avances en los sistemas carcelarios; sin embargo, otras relaciones de poder, creadoras de un determinado discurso de verdad que regula una moralidad y una normatividad, también se hallan inscritas dentro del

⁸³ Foucault, M. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI, Madrid, 2009, Pág. 178

campo social, tratando de imponer la ideología vencedora. Por tanto, surge un efecto colateral de los diferentes entrecruzamientos y entrelazamientos de las relaciones de poder. Primero se establecería un modelo de conducta que debe ser de obligado cumplimiento; se crearía una dicotomía entre las conductas apropiadas y las inapropiadas. Para poder incidir sobre el cumplimiento del comportamiento correcto se recurriría a la disciplina, pero no a una disciplina entendida como castigo físico. La nueva forma de entender la disciplina se concibe mediante la constante vigilancia, algo de lo que se da cuenta Foucault cuando dice:

Gracias a las técnicas de la vigilancia, la «física» del poder, el dominio sobre el cuerpo se efectúan de acuerdo con todo un juego de espacios, líneas, de pantallas, de haces, de grados, y sin recurrir, en principio al menos, al exceso, a la fuerza, a la violencia. Poder que es en apariencia tanto menos «corporal» cuanto que es más sabiamente «físico»⁸⁴.

Ya no es necesario recurrir a los castigos corporales para enderezar la conducta, solo es necesario aplicar una constante mirada. Esta mirada tiene la peculiaridad de que puede ver sin ser vista, creando en el sujeto la incertidumbre de si está siendo observado. En cada momento puede haber unos ojos acechantes que se percaten de mis acciones, unos ojos delatores que me ven sin que yo pueda verlos. Ante el miedo a ser visto y descubierto, surge una primera actitud de comportarse de acuerdo a la ley, a las normas o la moral. Al no tener total certeza de la invisibilidad de las acciones, los sujetos se envuelven en un velo de incertidumbre, sucumben al miedo y son presos de la disciplina. El miedo a ser recriminados, castigados, señalados, en definitiva, el miedo a ser vistos, provoca un control sobre el comportamiento humano mucho más efectivo y eficaz que los castigos físicos, los cuales incluso pueden ser complementarios a la constante vigilancia ciega. Este método disciplinario no tardó en salir fuera de los muros de las prisiones. El poder disciplinario extendió sus dominios al resto de la sociedad y pronto emprendió la conquista panóptica del cuerpo social. Si los presos modulaban su comportamiento al estar sometidos a una constante mirada, el resto de la población realizaría el mismo movimiento ante las mismas circunstancias. El

⁸⁴ Foucault, M. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI, Madrid, 2009, Pág. 182

primero en intentar traspasar el modelo del panóptico de las cárceles a la estructura de la sociedad fue su propio creador, Jeremy Bentham:

En 1792 – [17]95, Bentham presentaba como el procedimiento mediante el cual iba a poderse, en el interior de determinadas instituciones como las escuelas, los talleres, las prisiones, vigilar la conducta de los individuos y aumentar la rentabilidad y hasta la productividad de su actividad, al final de su vida, en el proyecto de codificación general de la legislación inglesa, lo presentó como la fórmula de gobierno en su totalidad, diciendo: el panóptico es la fórmula misma de un gobierno liberal, porque, en el fondo, ¿qué debe hacer un gobierno? Debe dar cabida, por supuesto, a todo lo que puede ser la mecánica natural de los comportamientos y la producción. Debe dar cabida a esos mecanismos y no debe tener sobre ellos, al menos en primera instancia, ninguna otra forma de intervención excepto la de la vigilancia. Y el gobierno, limitado en principio a su función de vigilancia, sólo deberá intervenir cuando vea que algo no pasa como lo quiere la mecánica general de los comportamientos, de los intercambios, de la vida económica. El panoptismo no es una mecánica regional y limitada a instituciones. El panoptismo, para Bentham, es sin duda una fórmula política general que caracteriza un tipo de gobierno⁸⁵

El panóptico se ha convertido en el nuevo modelo de sociedad. Sus efectos se han extendido por todas las instituciones, ya no solo es aplicado en las cárceles, es utilizado para curar a los enfermos y los locos en los hospitales, como modelo de instrucción dentro de los espacios educativos, se implantó también en las fábricas, mediante la creación de nuevos puestos de trabajo destinados exclusivamente a la vigilancia de los obreros. En la sociedad también se notaron sus efectos. La población interiorizó la constante mirada, se hizo presa del nuevo discurso y la nueva normatividad mediante la adaptación de su subjetividad a los nuevos cauces establecidos. La constante vigilancia modificaba y encauzaba los comportamientos hacía posturas fieles al enriquecimiento capitalista, una forma de situar las nuevas conciencias producidas en espacios concretos, creando relaciones entre individuos

⁸⁵ Foucault, M. *El nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France (1978-1979)*. Akal, Madrid, 2009, Pág. 76

basadas en ciertos esquematismos y normatividades distribuidos por las disposiciones del poder. De este modo El Panoptismo ya no es un «“ver sin ser visto”, sino *imponer una conducta cualquiera a una multiplicidad humana cualquiera*. Sólo es necesario que la multiplicidad considerada sea reducida, incluida en un espacio restringido, y que la imposición de un conducta se realice por distribución en el espacio, ordenación y seriación en el tiempo, composición en el espacio-tiempo...»⁸⁶.

De este modo, si antes Hardt y Negri nos describían el sistema del panóptico aplicado a la sociedad como una *sociedad disciplinaria*, en el momento en que la población asume en su subjetividad la normatividad que acompaña al panóptico, en el momento en que las relaciones y los efectos de poder se sofistican y el agente que todo lo ve desaparece, pero mantiene la sensación de ser visto, en ese momento, nos hallaríamos ante lo que Hardt y Negri denominaron como *Sociedad de control*:

Aquella sociedad en la cual los mecanismos de dominio se vuelven aún más «democráticos», aún más inmanentes al campo social, y se distribuyen completamente por los cerebros y los cuerpos de los ciudadanos, de modo tal que los sujetos mismos interiorizan cada vez más las conductas de integración y exclusión social adecuadas para este dominio⁸⁷.

Las formas de poder tradicionales, la disciplina impuesta antes del surgimiento del panóptico, basada en el mero castigo, la violencia, en costes políticos muy elevados, son sustituidas por esta nueva tecnología de la mirada. Si en el caso de la locura, la psiquiatría pudo salir del confinamiento del hospital fue porque pudo extenderse por toda la población, apoderándose de sus subjetividades, se generó un nuevo discurso y una interiorización de la locura como algo que debía ser evitado por toda la población. En el caso del panoptismo y de la cárcel se recurrió principalmente a dos elementos. Por un lado a la delincuencia, se creó la figura del delincuente, un prototipo destinado a sembrar el miedo entre la población, permitiendo justificar el incremento del control y la seguridad en aras de una mayor protección social. Del

⁸⁶ Deleuze, G. *Foucault*. Paidós, Barcelona, 1987, Pág. 60

⁸⁷ Hardt, M. – Negri, A. *Imperio*. Paidós Barcelona, 2005, Pág. 44

mismo modo, cabe destacar un segundo elemento, uno mucho más invisibilizado y aceptado, la filantropía. A raíz de forjar una moralidad, unos criterios de valoración entre el bien y el mal y una normatividad diseñada para sucumbir a determinados comportamientos y prácticas; la filantropía se hizo muy eficaz. Un sujeto que no encajara dentro de los cánones establecidos, un loco, un preso, sería reconducido, reformado, tratado y “ayudado” a retornar al sendero correcto; una práctica que esconde un deseo de encerrar a estas figuras anómalas dentro de un núcleo social o familiar, en el cual fueran sometidos a una constante vigilancia, infiriendo sobre ellos continuas exigencias de un cambio de comportamiento que se amolde a la normalidad, es decir, una reconducción del comportamientos hacía directrices marcadas por la disciplina. Foucault es muy explícito cuando nos muestra que:

El sistema general de vigilancia-encierro penetra a través del espesor del tejido de la sociedad, adoptando formas que van desde las grandes prisiones construidas a partir del modelo del *Panopticom* hasta las sociedades filantrópicas dirigidas a socorrer no solo a los delincuentes sino también a los niños abandonados, a los huérfanos, los aprendices, los estudiantes de liceos, los obreros, etc. En este texto de las *Leçons sur les prisons* Julius contraponía las civilizaciones del espectáculo (civilizaciones del sacrificio y del ritual en las que se trataba de proporcionar a todos el espectáculo de un acontecimiento único y en el que la forma arquitectónica privilegiada era el teatro) a las civilizaciones de la vigilancia en las que se trata de que unos pocos controlen de forma ininterrumpida a la mayoría, sociedades cuya forma arquitectural privilegiada era la prisión⁸⁸.

⁸⁸ Foucault, M. *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre dominación y desviación*. La piqueta, Madrid, 1990, Pág. 61

4.4. EL «LOCO» PARRÉSICO

Es imposible escapar de las relaciones de poder, de la creación de discursos de verdad e incluso de un determinado control en la subjetividad de los sujetos. Debemos asumir esta estructura social para poder acceder a una alternativa política que permita dar con unas relaciones de poder menos jerarquizadas, menos constrictivas y violentas; en definitiva, un panorama social en el cual se incremente la libertad y la proliferación de *sujetos*. Debemos hallar el modo de que las personas se creen a sí mismas, que tengan libertad para tomar sus decisiones y constituir su ser sin que impere en ellos ningún tipo de proceso disciplinario. Foucault en el intento por encontrar un sistema político más perfecto, en su búsqueda de una nueva moralidad para la actualidad, recurrió a los textos de la Antigüedad. Con la muerte de Dios se «nos deja a cargo de una nueva tarea: construir, en el no lugar, un nuevo lugar; construir ontológicamente nuevas determinaciones del ser humano, del modo de vivir; una poderosa artificialidad del ser»⁸⁹. Para comenzar la nueva andanza es necesario desprendernos de la subjetividad que se nos ha impuesto. Este paso, sin embargo, no es fácil. Desprendernos de nuestra subjetividad, dejar de ser lo que somos y hemos sido para optar a elegir libremente lo que queremos ser, exige un primer enfrentamiento, la superación de una primera barrera, la de la identidad cultural. Podemos reconocernos como sujetos, como individuos integrados en una sociedad, gracias a la homogeneización de las subjetividades colectivas. Los discursos de verdad organizan la sociedad y permiten el reconocimiento en ella.

Afirmarse en la sociedad moderna demanda ser parte de la omnisciencia que conoce, evalúa, jerarquiza y normaliza todo: las acciones, los proyectos, los valores, las expectativas, las decisiones y los pensamientos. Somos según la «opinión pública», nos constituimos, valoramos y apreciamos nuestros logros con base en el “sentido común”, en comparación con los criterios de «normalidad» y de «orden». Evitamos ser anatemizados y siendo parte de una sociedad que ve todo, escudriñamos para validar o censurar, para autorizar o reprobar, para premiar o castigar. Realizamos y sufrimos pulsiones de dominio, pretendiendo ser parte o

⁸⁹ Hardt, M. – Negri, A. *Imperio*. Paidós Barcelona, 2005, Pág. 239

miembros de un conjunto, de alguna clase, de algún estrato, de cierto nivel que nos haga sentir aceptados y valiosos. Creemos que merecemos ser transidos por el invisible rayo panóptico del saber de la sociedad que escudriña y disciplina en una mecánica que nos acoge, nos acepta y nos jerarquiza⁹⁰.

Los sujetos son incapaces de separarse de los contextos en los que están inscritos, están íntimamente sometidos a los procesos creativos de la cultura, son privados de una pre-elección libre y natural de su subjetividad; se les imponen unos determinados valores y están sometidos a una normatividad que los infiere, que tienen interiorizada y que conforma su subjetividad. Para poder estar sometido a las relaciones de poder y asumir los discursos de verdad, los hombres necesitan una pequeña región de libertad en la cual surja un poder revolucionario; abriéndose de este modo una posibilidad hacia una transformación en los procesos de subjetivación y de control social. Este estado de libertad es el que permite a los hombres poder tomar conciencia de su sometimiento, de su creación y el proceso por el cual ha sido llevado a cabo. El sujeto puede contemplar todo el proceso disciplinario y generar una ruptura. Puede ser capaz de romper con la dualidad que organiza su vida y rige su subjetividad. Esta brecha se abre en la medida en que no nacemos culturalizados, en el nacimiento no nacemos configurados, este proceso se efectúa mediante nuestro desarrollo, imponiéndonos y asumiendo determinadas categorías como la de hombre, heterosexual, loco, sano, neurótico, preso, estudiante, obrero... Categorías que constriñen y que son excluyentes, cierran modos de vida. Por tanto, lo que debemos hacer es problematizar las construcciones categorizadas que nos constituyen e intentar crear un nuevo discurso que dote de mayor libertad a los constructos sociales y permita nuevos modos de vida menos coercitivos.

El cuestionamiento de las categorías que nos conforman es un periplo arduo; tomar conciencia de ello supone todo un reto intelectual. Para ello debemos ser conscientes de como en cada proceso histórico, han surgido mecanismos de control y de disciplina que han cobrado fuerza y sentido gracias al apoyo y participación de las bases de la sociedad, de aquellos sujetos que se verían sometidos por las nuevas formas

⁹⁰ Lozada Pereira, B. *Filosofía de la historia I: Ensayos sobre el retorno, la utopía y el final de la historia*. Instituto de Estudios Bolivianos, La Paz, 2009, Pág. 238

disciplinarias. Del mismo modo, es necesario comprobar como el alma, el cuerpo, en definitiva, aquellas zonas víctimas de los procesos de subjetivación, son regiones individualizadas que han sido transformadas para generar una determinada atmosfera cultural, la cual, permitiría el funcionamiento de los dispositivos disciplinarios del poder, gracias a procesos destinados a focalizar y resaltar la multiplicidad, la diferencia... Tomando en cuenta estas consideraciones y siendo plenamente conscientes del funcionamiento del poder en relación con los discursos de verdad y bajo los efectos de la disciplina, podemos ser conscientes de su pleno funcionamiento, pudiendo observar su invisibilización, y hacer frente a sus esfuerzos por ocultar sus efectos, e impedir su cuestionamiento. La dificultad se halla intrínseca en la habilidad que dispone el poder para naturalizar los efectos de sus relaciones, mostrándonoslas como elementos naturales, imperecederos, atemporales y que no pueden ser modificadas. Foucault nos muestra como para realizar un proceso contranormativo es necesario que:

La verdadera tarea política en una sociedad como la nuestra es realizar una crítica del funcionamiento de las instituciones que parecen naturales e independientes; hacer una crítica y atacarlas de modo tal de desenmascarar la violencia política que se ha ejercido a través de éstas de manera oculta, para que podamos combatir⁹¹.

El proceso de des-subjetivación, no debe pasar por la eliminación de las categorías, debe centrarse en su reformulación, incidiendo en su pluralidad y haciéndolas más habitables. Se trata en definitiva de evitar caer en ciertas categorizaciones que repercutan en ejercicios de exclusión, para lo cual se debe romper con posturas fundamentalistas basadas en «lo uno» o «los dos», es decir, idearios basados en una única condición o en biparticiones excluyentes. Estos mecanismos de categorización están basados en prácticas de repetición y en ejercicios de exclusión, lo cual genera un punto de inflexión. Muestra las dos caras del poder. El poder represivo y el poder creador, el que impone unas determinadas categorías a los sujetos y otro poder revolucionario que asume esas categorías como impuestas, que toma conciencia de ellas

⁹¹ Chomsky, N. – Foucault, M. – Elders, F. *La naturaleza humana: justicia versus poder. Un debate*. Katz, Buenos Aires, 2006, Pág. 19

y se convierte en el foco de la insurrección, de la subversión de las categorías. El poder produce, y en este ejercicio de creación, excluye, creando una ambivalencia, permitiendo dos modos de actuación, el perpetuamiento de la normatividad o su reformulación. En el momento del nacimiento se moldea nuestra subjetividad, se nos muestra lo que está permitido y aquello que se nos está negado; nuestra libertad se restringe: se dispone un discurso que interiorizamos mediante el cual diferenciamos lo anormal de lo normal. Además, como sujetos creados y sometidos a este proceso disciplinario, somos reproductores y propagandísticos de la repetición de los modos de subjetivar que nos han impreso. Sólo podemos escapar de este proceso si somos conscientes de nuestro adiestramiento, de nuestra disposición a ser elementos manejables, de nuestra creación como sujetos inscritos en unas categorías, un sexo, un lenguaje, un nombre, una raza... un entrelazamiento entre lo psíquico y lo social. Cuando tomemos conciencia del proceso de creación de la subjetividad, podremos convertirnos en sujetos revolucionarios. Es aquí donde surge la subversión y, es precisamente en la norma porque su normatividad no puede modelarnos a la perfección, sus categorías no nos determinan por completo, no nos hacen completamente coherentes con su discurso, siempre hay líneas de fuga. «Así como los sujetos son un producto de los dispositivos, las líneas de subjetivación escapan a las determinaciones de los mismos [...]. En ese sentido los procesos de subjetivación, inmanentes al dispositivo, constituyen al mismo tiempo sus líneas de fuga o de fractura»⁹².

Nuestra identidad se basa en la citabilidad, pero es precisamente en ella donde se abre el camino de la revolución; al no poder convertir nuestra subjetividad en una copia perfecta de lo marcado por la normatividad, no se realiza una imitación pura, en cada repetición se establece una serie de diferencias que imposibilitan la identidad; se produce un desplazamiento de la normatividad. Surge aquí una discrepancia que tiene dos recorridos, aceptar la categoría impuesta y convivir con esa externalización, o, convertirse en un sujeto problematizador que rompa con los ejercicios de imitación y de exclusión.

⁹² Cerruti, P. "La «ontología histórica» de Michel Foucault. Apuntes de método para el análisis crítico social-cultural". *Soc. e Cult.* Goiânia, V. 15, N^o 2, 2012, Pág. 397

Este cerrojo puede ser atacado de dos maneras. Ya sea por un “des-sometimiento” de la voluntad de poder (es decir por la lucha política en tanto que lucha de clase), ya sea por un trabajo de destrucción del sujeto como pseudo-soberano (es decir mediante el ataque “cultural”): supresión de tabús, de limitaciones y separaciones sexuales; práctica de la existencia comunitaria; desinhibición respecto a la droga; ruptura de todas las prohibiciones y de todas las cadenas mediante las que se reconstruye y se reconduce la individualidad normativa⁹³.

Los sujetos que no encajan en las categorías, los anormales, los excluidos, son el principal foco de subversión. Ellos, desde su subjetividad, desde su individualidad, son sujetos que no reproducen la norma. Se convierten en un poder revolucionario, un poder que han definido Hardt y Negri de la siguiente manera:

El poder revolucionario también es un poder que puede crear, que puede generar diversas relaciones de poder que pueden ser incluso antagónicas a las impuestas por el poder dominante. Por tanto, «la expansividad omnilateral del poder de actuar demuestra la base ontológica de la transmutación, es decir, su capacidad no solo de destruir los valores que provienen de la esfera trascendental de la medida, sino también de construir valores nuevos⁹⁴.

Su batalla está condenada a repetir los mismos procedimientos de los antiguos vencedores. No pueden escapar de la normatividad, no pueden alejarse de las categorizaciones; están condenados a problematizarse a sí mismos unas vez hallan subvertido los discursos de verdad imperantes. Los excluidos deben enfrentarse contra las relaciones de poder establecidas, incluso contra las que ellos mismos establecen. Por ello, el sujeto revolucionario es un sujeto coyuntural a su tiempo, es una subjetividad modelada por la normatividad pero que ha podido tomar conciencia de su situación, de su proceso de conformación, que ha eliminado el mito de la naturalidad y ha despejado el camino para la subversión de la norma. Estos agentes de la transformación social deben «crear un cuerpo que no se someta a la vida familiar, a la disciplina del trabajo en

⁹³ Foucault, M. *Microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid, 1979, Pág. 34

⁹⁴ Hardt, M. – Negri, A. *Imperio*. Paidós Barcelona, 2005, Pág. 381

la fábrica, a las imposiciones sexuales, en definitiva se trata de oponerse a la normalidad de los modos de vida; pero no basta con subvertir este sistema social, este cuerpo debe crear un sistema de vida alternativa, la cual para escapar de la hibridación y la debilidad, debe prescindir por completo de las formas y del orden»⁹⁵. Aquí la figura del loco cobra vital relevancia. Se convierte en el sujeto revolucionario por excelencia. Es aquel que no reproduce la norma, no está sometido a la normatividad, ha creado su propia subjetividad y su relación con el mundo no pasa por un proceso cultural, tiene su propia razón, su propia racionalidad. De este modo, aquellos sujetos que toman conciencia de la normatividad impuesta, los agentes revolucionarios, deben asumir la figura del loco, deben escoger crearse a sí mismos, optar a una nueva subjetividad que rompa con las ataduras de la racionalidad, de la normatividad y de la moralidad impuesta. Como locos, son superhombres, ocupan el lugar de *Dios*, son dueños de su subjetividad, de su moralidad, de su racionalidad, y como sujetos de poder, son capaces de crear nuevos modelos normativos menos restrictivos. Es pues, «en esa producción de verdades contrarias, es decir, de contrapoder, en esa autoafirmación mediante las prácticas generadas por un habitus, es que es posible deshacer las ataduras y configurar unas diferentes, es decir, destruir la manera en que se dan las relaciones de fuerza e imponer nuevas maneras. En lugar de un reflujo mandar un contraflujo. En lugar de operar a favor de la fluidez del poder simbólico, imponer un contrapoder simbólico»⁹⁶.

No podemos esgrimir un ideario político, no podemos plasmar todo el recorrido teórico que debe ser llevado a la práctica para poder subvertir el sistema cultural. Un anteproyecto de esta índole solo puede surgir de un proceso revolucionario práctico. Únicamente podemos mostrar las necesidades que deben darse y el camino que se debe seguir para lograr el suficiente poder revolucionario para combatir las relaciones de poder existentes. Lo único que podemos aventurar es la necesidad de «asegurar una mejor distribución de este poder, hacer que no esté ni demasiado concentrado en algunos puntos privilegiados, ni demasiado dividido entre unas instancias que se oponen. Que esté repartido en circuitos homogéneos susceptibles de ejercerse en todas

⁹⁵ Hardt, M. – Negri, A. *Imperio*. Paidós Barcelona, 2005, Pág. 238

⁹⁶ César Moreno, H. “Bourdieu, Foucault y el poder”, *Voces y contesto*. Otoño, N° II, año I, 2006, Pág. 12

partes, de manera continua, y hasta el grano más fino del cuerpo social»⁹⁷, una vez que se halla gestado el proceso revolucionario. Para llevar a cabo esta posible revolución, es necesario que, al igual que Foucault, recurramos a los textos clásicos para encontrar en ellos una figura anómala, excluida, la figura del loco que buscamos en la actualidad. En ellos encontramos al *sujeto parrésico*, hombres que diseñaron su filosofía como un proyecto de vida, una obra de arte plasmada en su forma de vivir, se trata en definitiva de hombres que vivieron filosóficamente. Esta concepción del sujeto es vinculante a la revolución gracias a cierta virtud que los caracteriza, la *parresia*. Ésta nos permitirá deconstruirnos como sujetos establecidos y resurgir bajo la figura de nuevas subjetividades que nos permitan rediseñar y elegir nuestra conducta, nuestra relación con los demás y con nosotros mismos, no bajo esquemas de sumisión, sino bajo nuevas formas de experimentar la existencia. De este modo, la *parresia* rompe con la disciplina impuesta por los discursos de poder, la verdad se halla en las acciones de los sujetos *parrésicos*, es decir, del sujeto *parresiastés*. Es éste quien elige sus propias creencias, quien se impone sus valores y sus propias verdades, quien crea y diseña la subjetividad que le acompañará durante su existencia. Por tanto:

Frente a la manifestación profética o la veridicción del sabio, a Foucault le interesa la *parrhesía* en tanto que pone en relación de adecuación la verdad de lo que se dice y la verdad del individuo que dice, del sujeto de la enunciación. Esta adecuación queda fijada por la relación que se establece entre la vida de quien enuncia y el gesto mismo de la enunciación⁹⁸.

Esta *parresia* no es una doctrina, no es un conjunto de reglas que han de seguirse; no es una enseñanza basada en la relación entre un maestro y su pupilo, ni tampoco es un método de aprendizaje o de recopilación de saberes; más bien se trata de ver, de escuchar, de entender y de interiorizar. Los nuevos sujetos parrésicos ven y escuchan a sus maestros, entienden su filosofía de vida, pero no repitiéndola, se trata de seguir sus prácticas, sus enseñanzas o su modo de vida después de haber

⁹⁷ Foucault, M. *Vigilar y castigar*. Siglo Veintiuno, México, 1976, Pág. 85

⁹⁸ Castro Orellana, R. – Fortanet Fernández, J. *Foucault desconocido*. Universidad de Murcia, Murcia, 2011, Pág. 339

interiorizado y entendiendo su significado, momento en el cual podrán iniciar, sin repetir, su propia andadura filosófica. En definitiva, se trata de que los nuevos iniciados puedan llegar a constituir relaciones de autonomía consigo mismos, que sean capaces de mantener cierta independencia en sus juicios y en la relación que tienen con ellos mismos. Se trata de revertir los efectos de las categorizaciones para poder gestarse cada uno una nueva subjetividad. De este modo:

La parresia no busca tanto ordenar la vida de los demás cuanto incidir en que lleguen a constituirse a sí mismos, a ser soberanos de sí, que es lo que caracteriza al sujeto virtuoso y dichoso, con una virtud y una dicha al alcance de los mortales⁹⁹.

Este proceso parrésico implica desprendernos de nuestra subjetividad, de la creación impuesta culturalmente, y dotarnos a nosotros mismos, también desde esta cultura, de una nueva subjetividad. Esto se debe a que «en la medida en que somos individuos normalizados y sometidos, la experiencia que tenemos está ligada necesariamente a esos procesos de normalización y sometimiento que nos han producido como individuos vinculados a una arquitectura social determinada»¹⁰⁰

El verdadero cambio social, una revolución, no puede depender del cambio de unas pocas personas, es necesario que sus efectos puedan extrapolarse al resto de la sociedad; por eso la figura del parresiastés cobra tanta importancia, porque su independencia y su infatigable desnudez en su palabra le permiten transmitir todo aquello en lo que piensa y cree; además le permite hacerlo de una forma clara, que no admita reversos, impidiendo que sus palabras puedan interpretarse de forma errónea. En su cometido de decir siempre la verdad, el parresiastés transmitirá «su verdad», y lo hará en tanto que confía en que «su verdad» es «la verdad», que estará siempre diciendo la verdad. Este movimiento que parece tan inocente, pone al sujeto parrésico en una situación de peligro voluntario. El motivo se basa en que «se requiere que uno asuma la

⁹⁹ Foucault, M. *Discurso y verdad en la antigua Grecia*. Paidós, Barcelona, 2012, Pág. 26

¹⁰⁰ Fortanet Fernández, J. *Foucault y Rorty, presente, resistencia y desertión*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2010, Pág. 131

tarea de decir siempre la verdad, incluso cuando no es del agrado o es considerada de mal gusto por nuestra audiencia»¹⁰¹. Decir la verdad supone posicionarse en la zona de exclusión, en la locura, en los discursos prohibidos, en situación de ser perseguido y combatido. El *parresíastés* abandona la disciplina discursiva y moralizante que le han impuesto, se convierte en el enemigo a perseguir, en el diferente, el loco. El *parresíastés* lo es en tanto que voluntariamente se arriesga a ser un hombre libre, dominado por su propia verdad y su propia subjetividad; es el loco firme en su locura, en la verdad de su trastorno mental. Por tanto, el *parresíastés* escoge voluntariamente someterse al peligro, elige jugarse la vida porque eso implica ser sincero consigo mismo y por tanto estar en condiciones de decir la verdad. El peligro está asociado su verdad en la medida en que se opone a los postulados exigidos por la disciplina. Es un desertor, ha abandonado la recta sumisión y obediencia al credo del Saber, a la Normalidad. Se ha convertido en una figura molesta, una figura de desobediencia, es la denuncia más evidente del control social. El *parresíastés* rompe con la Verdad para instaurar su verdad.

El uso de la palabra que tiene el *parresíastés* le remite un gran poder, un poder revolucionario en la medida en que su verdad no está sujeta a nada, su verdad no depende de un discurso creado por las estructuras del poder dominante, ni proviene de manifestaciones culturales. Por tanto, la revolución debe partir de la *parresia*, de la creación de sujetos independientes, sujetos constitutivos de verdad, *sujetos parrésicos*, los cuales extenderán la emancipación disciplinaria al resto de ciudadanos, permitiendo que la moral parrésica se extienda y surjan nuevos «locos», personas que han definido su propia subjetividad a base de «técnicas que permiten a los individuos efectuar por sus propios medios, un cierto número de operaciones sobre sus propios cuerpos, sus propias almas, sus propios pensamientos, su propia conducta y lo hacen de modo que se transforman a sí mismos, modificándose para alcanzar un cierto grado de perfección, felicidad, pureza, poder sobrenatural»¹⁰².

¹⁰¹ Nehamas, A. *El arte de vivir: reflexiones socráticas de Platón a Foucault*. Pre-Textos, Valencia, 2005, Pág. 253

¹⁰² Castilla Vallejo, J. L. *Análisis del poder en Michel Foucault*. Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, 1999, Pág. 341

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Yágüez, J. *Michel Foucault: verdad, poder, subjetividad. La Modernidad cuestionada*. Ediciones pedagógicas, Madrid, 2001
- Apreda, G. «La concepción del sujeto en Michel Foucault». <http://borromeo.kennedy.edu.ar/Articulos/SujetofoucaultApreda.pdf>
- Ávila-Fuenmayor, F. “El concepto de poder en Michel Foucault”. *A Parte Rey*, Nº 53, 2007
- Bárcenas Monroy, I. «El hombre como pliegue del saber. Foucault y su crítica al humanismo». *Ciencia Ergo Sum*, Vol. 14, Nº1, 2007
- Benente, M. «Ideología y crítica en Michel Foucault. La cuestión del sujeto». *Praxis filosófica*, Nº 40, 2015
- Castel, R. *El orden psiquiátrico: la edad de oro del alienismo*. La piqueta, Madrid, 1980
- Castilla Vallejo, J. L. *Análisis del poder en Michel Foucault*. Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, 1999
- Castro Orellana, R. – Fortanet Fernández, J. *Foucault desconocido*. Universidad de Murcia, Murcia, 2011.
- Cerruti, P. “La «ontología histórica» de Michel Foucault. Apuntes de método para el análisis crítico social-cultural”. *Soc. e Cult.* Goiânia, V. 15, Nº 2, 2012
- César Moreno, H. “Bourdieu, Foucault y el poder”, *Voces y contesto*. Otoño, Nº II, año I, 2006, Pág. 3

- Chomsky, N. – Foucault, M. – Elders, F. *La naturaleza humana: justicia versus poder. Un debate*. Katz, Buenos Aires, 2006

- Deleuze, G. *Foucault*. Paidós, Barcelona, 1987

- Fortanet Fernández, J. *Foucault y Rorty, presente, resistencia y deserción*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2010

- Foucault, M. *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre dominación y desviación*. La piqueta, Madrid, 1990

- Foucault, M. *Yo Pierre Rivière habiendo degollado a mi madre, mi hermana y mi hermano: un caso de parricidio del siglo XIX*. Busquets, Barcelona, 1976

- Foucault, M. *Los anormales: curso del Collège de France (1974-1975)*. Akal, Madrid, 2001

- Foucault, M. *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza, Madrid, 2007

- Foucault, M. *El poder, una bestia magnífica: sobre el poder, la prisión y la vida*. Siglo XXI, México, 2013

- Foucault, M. *Microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid, 1979

- Foucault, M. *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Siglo XXI, México, 1987

- Foucault, M. *Vigilar y castigar*. Siglo Veintiuno, México, 1976

- Foucault, M. *El orden del discurso*. Tusquets, Barcelona, 2015
- Foucault, M. *Discurso y verdad en la antigua Grecia*. Paidós, Barcelona, 2012
- Foucault, M. *El nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France (1978-1979)*. Akal, Madrid, 2009
- Foucault, M. *Historia de la locura en la época clásica I*. Fondo de Cultura Económica. México, 2013
- García Iriarte, P. (Febrero del 2017). Intervención de Cáritas y Pastoral Penitenciaria en prisión ¿Te atreves a desmitificar mitos?, En Introducción al mundo de la prisión: realidad, consecuencias y retos. Conferencia llevada a cabo en Centro Joaquín Roncal, Zaragoza.
- Hardt, M. – Negri, A. *Imperio*. Paidós Barcelona, 2005
- Hyndess, B. *Disertaciones sobre el poder. De Hobbes a Foucault*. Talosa, Madrid, 1997
- Lozada Pereira, B. *Filosofía de la historia I: Ensayos sobre el retorno, la utopía y el final de la historia*. Instituto de Estudios Bolivianos, La Paz, 2009
- Nehamas, A. *El arte de vivir: reflexiones socráticas de Platón a Foucault*. Pre-Textos, Valencia, 2005
- Paponi, M. S. «La subjetividad bajo nuevas formas de control». *Thémata*, N° 33, 2004

- Puerta, J. «De la muerte a la superación del hombre». *Estudios culturales*. Nº1, 2008

- Reisel, D. (Febrero de 2013) La neurociencia de la justicia restaurativa. TED Talks, California. <https://www.youtube.com/watch?v=IUreuxKGBuY&t=611s>

- Serrano González, A. B. *Michel Foucault: sujeto, derecho, poder*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1987